EL LEONCILLO

CUADRO HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY y González-Rancel

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL
la noche del 10 de Diciembre de 1901

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1901

Al Señor

Don Antonio Sáenz de Heredia

dedica esta obra en prueba de sincera
y muy cariñosa amistad

Juan Antonio Cavestany

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL EMPERADOR CARLOS V. (58 años).....	Sr. Thuillier.
HERNÁN, paje (14 años).....	Srta. Moreno.
BÁRBARA BLOMBERG. (42 años).....	Sra. Rodríguez.
TERESA (16 años).....	Srta. Blanco.
MORÓN.....	Sr. Jiménez (Donato).
DON LUIS QUIJADA.....	Cuevas.
FRAY JUAN REGLA.....	Rausell.
EL PRIOR.....	Lagos.
EL PRÍNCIPE ANDRÉS DORIA.....	Parera.
EL HERMANO LIBORIO.....	Manso.
JUANELO TURRIANO.....	Guillot.
CORTESANO 1.º.....	Torner.
CORTESANO 2.º.....	Escobar.

Frailes, legos, cortesanos

La acción pasa en el Monasterio de Yuste en 1558

ACTO PRIMERO

Huerta del convento de Yuste. A la derecha, la fachada de una casa pequeña, delante de la cual habrá un emparrado y bancos. A la izquierda la tapia de la huerta, no muy alta. Al foro la vista del Convento, lejana. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

TERESA, EL HERMANO LIBORIO

LIB. ¿De modo que el buen Rivera
sigue mal?
TER. Está peor,
hermano.
LIB. ¿Tal vez alguna
de sus heridas se abrió?
TER. Una nunca se le cierra.
LIB. Debéis llamar al doctor.
TER. La cicatriz que mi padre
tiene abierta—lo sé yo—
no hay doctores que la curen:
la lleva en el corazón.
LIB. ¿Cómo?
TER. El mal del pobre viejo
es ver que el Emperador
padece: es su amo, su amigo,
su culto, casi su Dios...
y el lebrel se pone triste
cuando enferma su señor.

LIB. ¿Pero el César está enfermo?...
(Rectificando)
Me he equivocado: perdón·
Su paternidad.

TER. (Con firmeza.) El César;
bien dijisteis: no hay error.
Aunque el usar ya no quiera
el nombre que siempre usó
y busque tumba en el claustro
y abrace la religión,
siempre el César Cárlos quinto
tiene que ser, quiera ó no.

LIB. (Como convencido por Teresa.)
Verdad es; por más que diga
el buen padre Melitón
que es sólo un hermano nuestro
desde que á Yuste llegó,
yo digo que no es posible.
¿Va á ser el Emperador,
el mayor rey de la tierra,
igual á mí, vive Dios?
(Arrepintiéndose de lo que ha dicho.)
¡Ay Jesús! El me perdone.
¿Pues no juro también yo?

TER. (Sonriendo.)
No os importe.

LIB. Es la costumbre
de oir esa exclamación.
Como esto ya no es convento,
es un cuartel... con Prior...

TER. ¡Plugiese á Dios que lo fuera!

LIB. ¿Tal deseo sentís vos?

TER. Sí, porque dice mi padre
que si viese en derredor
cascos en vez de cogullas,
acaso su corazón
despertara y del sepulcro
que con su mano se abrió
salir quisiese de nuevo
á ser del mundo señor.

LIB. ¿Y por qué quereis sacarle
de esta tranquila mansión?

TER. Porque no es este su centro.

LIB. Estais en un grave error.

El es feliz; se complace
en mostrar su abnegación
constantemente; es humilde;
de la regla observador...

TER. (Con viveza)
La regla del mundo entero
fué su voluntad.

LIB. Por Dios;
no digais eso.
(De pronto mirando hacia el interior.)
¡Ah! Miradle.
Allá, junto al paredón
del huerto.

TER. (Observando con asombro.)
¿Cava la tierra?

LIB. Ese es su goce mayor.

TER. ¿La mano que tuvo el cetro?...

LIB. Hoy maneja el azadón.
Y este es más noble trabajo,
según el predicador,
que antes llevaba en su espada
la muerte y la destrucción
y el hierro que ahora maneja
da vida con su labor.

TER. Eso dicen los que quieren
tenerle en esta prisión.

LIB. No hableis así, pobre niña:
blasfemais.

TER. (Con energía.) Sirve mejor
al Cielo desde su trono
quien en el trono nació,
que desde el Claustro ..

LIB. (Con rapidez, viendo al Prior que aparece.)
Silencio,
que viene el padre Prior.

ESCENA II

DICHOS. EL PRIOR

PRIOR (A Teresa.)
¿Con el hermano Liborio
conversabais?

TER. Guardeos Dios,
padre mío.
PRIOR ¿Cómo sigue
vuestro enfermo? ¿Está mejor?
TER. Postrado.
PRIOR ¡Pobre Rivera!
Por su noble condición,
de cuantos le conocemos
el cariño conquistó.
Su paternidad le tiene
particular afección.
TER. (Marcando la frase)
Su Majestad le distingue
mucho: es su timbre mejor.
PRIOR No useis ese tratamiento.
Ya sabeis que él lo abolió.
TER. Mi padre me ha prohibido
que llame al Emperador
de otro modo.
PRIOR En esta casa
no hay más que siervos de Dios:
no hay reyes: hay religiosos
que estrecha regla juntó
y penitentes que piden
para sus culpas perdón.
TER. Hay alguien que fué hace poco
del mundo dominador.
PRIOR En el umbral de la celda
su antiguo cetro rompió.
TER. ¿Cómo olvidar que fué grande?
PRIOR Pensando que hoy es mayor.
TER. ¿Quién es mayor que el que un día
tantas coronas juntó?
PRIOR Quien se despojó de todas.
¡Ese es más grande ante Dios!
TER. Nadie en él conocería
de dos mundos al señor
cuando viene á este emparrado,
después de traspuesto el sol,
á pedir un sorbo de agua,
por la rústica labor
rendido.
PRIOR Y ese agua pura,
que en un jarro le dais vos,

para sus fauces sedientas
tal vez resulte mejor
que otras menos cristalinas
que en copas de oro bebió.
El oro, con ser tan puro,
no pone al agua en sazón:
la arcilla que se rezuma
le da más fresco sabor.

TER. Acaso.

PRIOR Hoy quizás no venga
su paternidad.

TER. ¿Que no?
¿Pues qué le ocurre?

PRIOR Ha tenido
una grave desazón.

TER. ¿Cuál?

PRIOR La pérdida del paje,
que suele ser su lector
y al cual había tomado
desde hace tiempo afición.

TER. (Asustada.)
¿El del señor de Quijada?

PRIOR Parece que le llamó
para que leyese un rato
después de su colación,
y nadie en parte ninguna
al pajecillo encontró.

TER. (Con vivo dolor.)
¡Hernán!... ¡Dios mío!...

PRIOR ¿Qué os pasa?

TER. ¡Qué desgracia!

PRIOR ¿También vos
os alarmais?

TER. (Algo turbada.) No os extrañe,
Padre; es mi amigo mejor.
¿Qué le habrá ocurrido?

LIB. (Adelantándose) Nada:
no tembléis: es que salió
—como si lo viera—al monte
llevado de su afición
á la caza y se ha perdido.

PRIOR Si en el monte se internó
pudo correr otro riesgo
más grave.

TER. Tenéis razón.
Esa fiera...
PRIOR Y que es terrible.
LIB. Hernán es buen cazador
y no se asusta de un oso.
TER. Este dicen que mató
muchas ovejas.
PRIOR En todos
los pueblos de alrededor
tienen ofrecido un premio
por su cabeza.
TER. Ya hirió
á uno que le perseguía.
LIB. (Viéndolo salir.)
Mirad: él señor Morón.

ESCENA III

DICHOS y MORÓN

MORÓN Guarde Dios al reverendo.
PRIOR El venga también con vos
TER. (A Morón con angustia.)
¿Supísteis el accidente
del pobre Hernán?
MORÓN (Tranquilo.) ¿Cómo no?
Horas hace que ha corrido
por todas partes la voz.
TER. ¿Y estais sereno?
MORÓN Hija mía,
á mí no se me acabó
el ánimo, como á todos,
desde que en esta mansión
hemos entrado. Estoy libre
del contagio asolador.
TER. ¿Pero sabéis dónde ha ido?
MORÓN Tal vez al monte.
TER. ¿Y si halló
en él á esa fiera?...
MORÓN ¿Temes
que pueda sentir pavor
de una alimaña á la vista?

TER. Porque sospecho que no,
tiemblo.

MORÓN Hernán, aunque es un niño,
tiene alientos y vigor:
lo que de bozo le falta
le sobra de corazón.

PRIOR Por eso está con cuidado
su paternidad. Si vió
á la fiera, y por su arrojo
llevado...

MORÓN Pues, vive Dios,
que suya será la culpa
si algo al mozo le ocurrió.

PRIOR ¿Suya?

MORÓN Bien claro le he dicho
bastantes veces: «Señor,
aquí no hay otro adversario
con quien luchar: matad vós
á ese animal. Caza y guerra
cosas semejantes son.
Volved á enristrar la lanza
que la herrumbre enmoheció,
y á herir los duros ijares
del impaciente bridón.
Vuestra cota milanesa
á relucir vuelva al sol,
y vuelva al cinto la espada
que ley al mundo dictó.
Veréis cuando atruene el monte
de vuestras tropas la voz
y de la ronca jauría
el enjambre ladrador,
cómo sentís en el pecho
de nueva gloria ambición.
Imaginad que correis,
no de un animal en pos,
si no de hueste contraria
que en campo abierto os buscó.
Que no son vuestros monteros
los que llevásteis con vos,
si no vuestros capitanes,
Pescara, Leiva, Borbón. .
Que los brezales que rompe
vuestro corcel volador

son las filas enemigas
que vuestro empuje rompió
Que estais en Túnez de nuevo
dando ejemplo de valor,
hablando á cada soldado
la lengua de su nación..
Pensad esto, y cuando hundais
en la alimaña feroz
vuestro puñal, figuráos
hundirlo en el corazón
de algún pérfido enemigo;
del rey de Francia traidor,
al que retásteis dos veces
sin tener contestación,
ó del hereje Lutero,
que tantas vidas costó.»
Así le dije, esperando
que al recuerdo incitador,
sacudiendo la melena
despertaría el león;
y acaso por un instante
su fiereza despertó,
que ví asomar á sus ojos
de un relámpago el fulgor...
Pero fué breve su llama:
al cielo la vista alzó;
lanzó un suspiro y me dijo
con melancólica voz:
«Déjame; más sangre ajena
no haré que se vierta yo:
corra tan solo la mía
de aquélla en expiación.»
Y haciendo un penoso esfuerzo,
levantóse con dolor,
agarró las disciplinas,
entró en su celda y cerró.

PRIOR — Eso prueba su grandeza,
su espíritu superior...

MORÓN — Eso prueba, padre mío,
que Su Majestad perdió
aquel aliento gigante
de la tierra admiración.

LIB. — ¡Ah! Ved. El señor Quijada.

QUIJ. — (Entrando de prisa.)
¿Dónde está el Emperador?

ESCENA IV

DICHOS, QUIJADA

PRIOR Sigue en el huerto.
QUIJ. ¿Sabéis
si su ansiedad se calmó?
PRIOR Hace poco demostraba
todavía gran temor.
QUIJ. Pues voy á tranquilizarlo.
TER. (Con afán.)
¿Por fin Hernán pareció?
QUIJ. Aún no; pero en este instante
llega mi escudero Antón
á quien dijo un campesino
que hace muy poco le vió.
MORÓN ¿En el monte?
QUIJ. Sí.
PRIOR La nueva
yo iré á llevarla por vos.
Voy hacia el huerto.
QUIJ. Os lo estimo.
TER. También con mi padre yo
me vuelvo.
QUIJ. (A Teresa.) Ahora entraré á verle.
TER. Le daréis un alegrón.
PRIOR Venid, hermano Liborio.
TER. Hasta después
QUIJ. (Al Prior.) Id con Dios.
(Vase el Prior, seguido del hermano Liborio. Teresa entra en la casa.)

ESCENA V

MORÓN, QUIJADA

QUIJ. Terrible angustia he pasado,
Morón.
MORÓN Os creo, á fe mía.
Yo también.
QUIJ. Y todavía

no estoy del todo calmado,
que hasta mirarlo llegar
la ansiada cima no toco.

MORÓN Pues que lo han visto hace poco
nada debéis recelar.
¿Quién contiene á la niñez?
De la hora no se acordó
porque en el monte se entró
tras una liebre, tal vez.

QUIJ. ¿Pensáis?...

MORÓN Cuando pone el cerco
á una cosa que ambiciona,
jamás la empresa abandona:
es tan bravo como terco.

QUIJ. Por serlo me dió mil penas.

MORÓN Pues á mí no, ciertamente.
¡La gran sangre no desmiente
que hierve y corre en sus venas!

QUIJ. Ese indomable valor,
que á vos os tiene cautivo,
en mí se trueca en motivo
de inquietud y de temor;
que su vida á mi cuidado
se encomendó, por leal,
y nunca guardó un mortal
depósito más sagrado.

MORÓN Tal inquietud es extraña.
Pudo ser justo el temor
mientras el Emperador
estuvo lejos de España,
pero hoy, que todo lo sabe,
y lo ve Su Majestad,
¿qué responsabilidad
en lo que haga el mozo os cabe?

QUIJ. La misma.

MORÓN No lo colijo.
¿No ve el padre á su hijo ahora?

QUIJ. El Emperador ignora
que el paje Hernan es su hijo.

MORÓN (Con extrañeza.)
¿Ignora?...

QUIJ. Como á su entrada
en Yuste...

MORÓN ¿No descubrió?...

QUIJ. El nada me preguntó
y yo no le he dicho nada.
Traje al mancebo conmigo,
que era mi paje fingiendo,
y mi paje sigue siendo.

MORÓN ¿Cómo, entonces, tan amigo
se hizo de él Su Majestad?

QUIJ. Le habrá el instinto avisado
tal vez.

MORÓN No hubiera callado
yo como vos en verdad.

QUIJ. En la obediencia me encierro
por respeto y por amor:
yo para el Emperador
no soy hombre, soy un perro.
Le sigo sin preguntar.
¿Qué adelanto con saber,
si al fin y al cabo he de hacer
lo que él me quiera mandar?
«Tu afecto hacia mí te abona,
buen Quijada: ten á mi hijo.»
Esto fué cuanto me dijo
hace años en Ratisbona.
Lo cogí con alegría;
partime á España al instante
y mi vida al tierno infante
consagré con alegría.
¡Tres lustros pronto va á hacer!

MORÓN ¿Y nunca por el mancebo
ha preguntado de nuevo
el Emperador?

QUIJ. Ayer.

MORÓN ¿Ayer?

QUIJ. —Los años se van,
dijo entre tierno y adusto;
es necesario y es justo
que piense en mi hijo don Juan.
Ser debe un mozo...—Arrogante,
contestele, vive Dios:
podeis afirmar que á vos
es en todo semejante.
Gran temple: condición brava;
valor sereno; alma pía...
Y el César se sonreía

mientras yo se lo pintaba.
Añadí viendo en su frente
aquel rayo de placer:
—¿No lo quereis conocer?
—No, contestó secamente.
Quiero, pues el ser le dí,
pagar mi deuda sagrada:
conocerlo es demasiada
felicidad para mí.
Sólo y penitente vivo;
buscar venturas no debo:
no me hables más del mancebo,
Quijada; te lo prohibo.
Y como quien siente enojos
se alejó, con faz severa,
pero no sin que yo viera
brillar el llanto en sus ojos.

MORÓN ¡Vive Dios, que esto es muy duro!
Ni aun esa compensación...
Como encuentre una ocasión
yo se lo digo; os lo juro.

QUIJ. Hareis mal.

MORÓN Ya es suficiente
que quien al mundo ha mandado
viva en un claustro encerrado
como humilde penitente.
Renuncie trono y poder;
busque el triunfo de los buenos,
pero abrace por lo menos
á quien es ser de su ser.

ESCENA VI

DICHOS. TERESA

TER. (Desde la puerta á Quijada.)
A preguntaros me envía
mi padre si vais á entrar.
Se queja el pobre de estar
siempre sólo.

QUIJ. Sí, hija mía.
(A Morón.)
¿Venís?

MORÓN A fe que me agrada.
TER. El os lo ha de agradecer.
MORÓN Tengo siempre gusto en ver
á un antiguo camarada.
(Entran en la casa Morón y Quijada.)

ESCENA VII

TERESA, después, HERNÁN

TER. De mi casa me salí
por indagar lo que ansío.
¿Dónde estará Hernán, Dios mío?
HERNÁN (Apareciendo en lo alto de la tapia y llamándola.)
¿Pues no veis que estoy aquí?
TER. (Sorprendida al verlo.)
¿Vos?
HERNÁN ¡Callad!
TER. (Asustada al ver que baja la tapia de un salto.)
¡Virgen bendita!
¿Qué hacéis? El muro es muy alto.
HERNÁN (Ya en tierra.)
Ya lo véis: entro al asalto.
Es mi entrada favorita.
TER. ¡Me gusta el medio de entrar!
HERNÁN Es el mejor que encontré.
Que se sepa que tardé
quiero con esto evitar.
Nadie así llegar me ha visto.
TER. Renunciad á tal intento:
ya lo sabe en el convento
todo el mundo.
HERNAN (Contrariado.) ¡Vive cristo!
¡Se sabe!
TER. El Emperador
estuvo muy asustado
y á mi también me habéis dado
gran congoja.
HERNÁN (Acercándose á ella con cariño)
Eso es amor.
Bien se ve.
TER. No comencéis,
Hernán, que no os quiero oir.

HERNAN ¿Por qué no habéis de decir,
Teresa, que me queréis?
TER. Porque aunque fuera verdad,
vos sois todavía un niño.
HERNÁN ¿Y de que nazca el cariño
quién ha fijado la edad?
Porque Abrlil, con flores mil,
esmalte valles y alcores,
¿son menos bellas las flores
que nacen antes de Abril?
Cuando viene adelantado
el año es mejor quizás
y el fruto se estima en más
mientras mas anticipado.
TER. Logra, sin duda, la palma
por ser temprana la flor,
pero el amor...
HERNAN (Con viveza) El amor
es el florecer del alma.
TER. Pasión primera, sincera
no suele ser ni profunda.
HERNÁN Quien ama por vez segunda
es que no amó la primera.
TER. Demostrais tener malicia.
HERNÁN Demuestro querer, bien mío.
TER. De primicias no me fío.
HERNÁN ¿Qué es amor sino primicia?
TER. En discutir sois muy diestro.
HERNÁN No tal.
TER. ¿Ténéis experiencia?
HERNAN Amar es la única ciencia
que se aprende sin maestro. (Pausa.)
TER. Basta de discretear,
que aun no me habéis cuenta dado
de que por qué habéis tardado.
HERNÁN Es muy largo de contar.
TER. Me hacéis, de nuevo, temer...
(Fijándose en el traje de Hernán.)
De manchas lleno estais todo.
HERNÁN Mezcladas con las de lodo
de sangre las debe haber.
TER. ¿Sostuvistéis un combate?
HERNAN Bien duro.
TER. (Con temor.) ¿Dónde habéis ido?

HERNAN En pos del premio ofrecido
para quien al oso mate.
TER. ¡Jesús! Bien lo sospeché.
HERNÁN No me riñais.
TER. ¡Qué locura!
¿Intentásteis la aventura?
HERNÁN (Con naturalidad)
Y el intento realicé.
TER. (Sorprendida.)
¿Qué decís?
HERNÁN No sé de cierto
si ganaré el premio ó no,
pero el oso se quedó
—yo os lo aseguro—bien muerto.
TER. (Siempre con zozobra.)
¿Habréis gran riesgo corrido?
HERNÁN Algo.
TER. ¡Y decís que me amais,
Hernán!...
HERNÁN Si me perdonais
os diré lo sucedido.
TER. Hablad.
HERNÁN (Después de una pausa.)
La aurora lejana
brillaba en el firmamento
cuando salí del convento
saltando por la ventana.
¡Qué soberbio alborear!
Tal vez porque yo lo viera
rompió el alba en la pradera
de sus perlas el collar
y en desgranada guirnalda
joyas hollaba el pié mío;
el aljofar del rocío
y del prado la esmeralda.
Llegué al monte y ni aun allí
de admirar joyas dejé,
que la cascada salté
sobre un tronco que tendí,
y ví á mis pies el torrente,
que entre peñas se desata,
como cortina de plata
que irisaba el sol naciente.
Ya en lo fuerte del breñal,

sin desperdiciar momento,
púseme á buscar atento
las huellas del animal
y bien pronto en una senda,
por altos brezos cerrada,
ví el rastro de una pisada
colosal, ancha, tremenda.
«Cerca debe estar de aquí»
pensé yo, cuando á mi oído
llegó un extraño gruñido:
con rapidez me volví,
y vi que tras mí venía
un bulto pesado, enorme,
muy negro, casi deforme,
que el monte al pasar rompía.
No os oculto que temblé
al ver al oso de frente,
y aun más cuando lentamente
lo ví ponerse de pié,
y entre el pavoroso estruendo
del brezal que destrozaba,
venir á donde yo estaba
los fuertes brazos abriendo.

TER. (Impresionada por la descripción.)
¿Pensasteis, sin duda, en Dios,
Hernán?

HERRÁN (Rápidamente.) ¡Oh! Sí. Lo proclamo:
pensé en todo lo que amo:
en Dios, en César y en vos.
Los tres estabais conmigo:
os lo puedo asegurar:
por eso dejé llegar
á mi feroz enemigo.
Y llegó... y en fuerte lazo
ciñose, gruñendo á mí...
Casi la opresión sentí
de su mortífero abrazo.
Entonces, con fuerza tanta
descargué el golpe mortal,
que á un tiempo mano y puñal
se hundieron en su garganta.
Por la boca de la herida
rojo torrente brotó
y el bruto en tierra cayó,

más me arrastró en su caida;
y queriendo inútilmente
desprenderme de la fiera,
ella y yo de una ladera
bajamos por la vertiente.
Por Dios que jurado habría
que el suceso no os contaba,
pues ni el bruto me soltaba
ni á donde asirme tenía
y entre rocas colosales
de aquel barranco en el fondo
tiende el río, allí muy hondo,
sus verdinegros cristales.
Tocaba el último extremo,
cuando en el momento mismo
de ir á rodar al abismo,
hice un esfuerzo supremo;
del bruto la ligadura
pude romper de repente ..
y él solo pesadamente
cayó por la cortadura.
¡Ah! Ya era tiempo, en verdad...
Después... nada: un golpe seco
que repite sordo el eco
del monte en la soledad:
yo, sobre el peñón bravío
en tierra ante Dios postrado...
y un bulto negro arrastrado
por la pendiente del río.

TER. Dios os salvó.

HERNÁN Sí, alma mía.

TER. Bien podeis estar contento.

HERNÁN Y lo estoy, pero algo siento
enmedio de mi alegría.

TER. ¿Aún sentís?...

HERNÁN No os he engañado.
Lo primero, mi puñal
que se llevó el animal
en la garganta clavado.
Después—y esto es aun peor—
que el oso al río rodara
sin que pruebas me dejara
de que fuí su matador.
Y por último me pesa

también—lo podéis creer—
haber hecho padecer
á mi cielo, á mi Teresa.

TER. Por hoy perdono el desmán
porque en vuestra enmienda creo.

HERNAN Yo os la aseguro.

QUIJ. (Apareciendo con Morón en la puerta de la casa.)
¿Qué veo?
¿Ya parecísteis, Hernán?

ESCENA VIII

DICHOS, MORÓN y QUIJADA

HERNAN ¡Oh! Perdonadme, señor.

MORÓN (Fijándose en el traje de Hernán.)
¡Cómo estais!.. Lleno de lodo.

QUIJ. Es preciso que ante todo
lo sepa el Emperador.
Os lo ruego, Morón; id.

MORÓN Iré, que en temor le tiene...
(Mirando hacia dentro.)
¡Ah! Mirad; hacia aquí viene.

QUIJ. Pues á su encuentro salid. (Vase Morón.)
(A Hernán.)
¿Qué hicísteis? ¿Dónde habéis ido?

HERNAN Señor...

QUIJ. Dejad que me asombre.
Vais siendo un hombre, y un hombre
debe cumplir lo ofrecido.

HERNÁN (Sin comprenderlo.)
¿Yo os ofrecí?...

QUIJ. Seriamente
y de solemne manera,
no hacer nada que os pusiera
en riesgo ..

HERNÁN (Turbado) Dejad que os cuente
y no me hagais el ultraje...

QUIJ. Ahora nada saber quiero.
Poned en orden primero
vuestro rostro y vuestro traje.
El Emperador aquí
ya por vos ha preguntado

y ante él no estais en estado
de presentaros así.

HERNÁN Como gustéis.

QUIJ. Id, Hernán.

HERNÁN (Aparte al irse á Teresa.)
(Esperad; vuelvo al momento.)

QUIJ. No sabéis cuán gran tormento
vuestras locuras me dan.
(Vase Hernán.)

ESCENA IX

QUIJADA y TERESA. Después el EMPERADOR, MORÓN, FRAY JUAN REGLA, el PRIOR, JUANELO TURRIANO. el HERMANO LIBORIO, FRAILES y LEGOS

TER. (A Quijada.)
Respeto os tiene y amor;
no le riñais.

QUIJ. Es un niño
y por su interés le riño.

TER. (Viéndole aparecer.)
¡Silencio! ¡El Emperador!

FR. JUAN (Al Emperador, á quien da el brazo.)
¿Os fatigais?

EMP. No; me siento
quizás mejor que otros días.
—Oye, Morón. ¿Me decías
que el mozo volvió al convento?

MORÓN Señor, yo mismo lo ví.

EMP. (Con interés y recelo.)
Pero, bien, ¿eh?

MORÓN Yo os lo fío.

EMP. (Respirando con satisfacción, á Fray Juan.)
Si os parece, padre mío,
nos detendremos aquí.
Vengo sediento y cansado
del trabajo en que me empleo
y calmar mi sed deseo
bajo este fresco emparrado.
Es costumbre cotidiana.

FE. JUAN Hacedlo, si eso os distrae.

EMP. (Viendo á Teresa, que se adelanta á él con un jarro en la mano.)
Mirad, ya el jarro me trae
mi joven Samaritana.
(Tomándolo y bebiendo.)
Gracias.

TER. Al Emperador
servir es mi empeño en todo.

EMP. No me llames de ese modo.
¿Y tu padre? ¿Está mejor?

TER. Igual, señor.

EMP. No me extraña:
expuso mucho el pellejo,
luchando siempre.
(Volviéndose á los fraile que lo rodean)
Otro viejo
que vuelve á morir á España.
¡Buen amigo! Pocos ya
me quedan.

MORÓN Es perro fiel.

EMP. (A Teresa.)
Dile que yo estoy como él:
eso le consolará.
Jamás á mí por pesada
una lanza me dió miedo,
y hoy ya me rindo y no puedo
con el peso de una azada.

MORÓN La mano está entumecida,
señor, por la ociosidad.
Salga Vuestra Majestad
de este claustro y de esta vida.
Tal vez de pasados bríos
renazca el antiguo ardor.

EMP. Calla, diablo tentador.
(A los frailes)
¡Perdonadle, padres míos!

FR. JUAN Como soldado está hablando.

PRIOR Lo fué, al fin, desde mancebo.

MORÓN (Con energía.)
Le hablo como hablarle debo.

EMP. (De pronto, con mucho vigor.)
¡Eh! ¡Basta! Yo te lo mando.

MORÓN (Inclinándose.)
Si es vuestra orden imperial
ya mi obediencia la abona.

EMP. (Con dulzura, como arrepentido de su anterior dureza.)
Perdona, Morón, perdona:
yo no mando; he dicho mal.
Suplico.

MORÓN ¿Vos, Dios clemente?
El César manda.

EMP. Mandó:
pero el César... ya murió:
yo soy solo un penitente.
Gloria, poder, ardimiento,
cuanto tuve, cuanto fuí,
todo cesó para mí
al pisar este convento.
Para acabar la existencia
descargar quise igualmente,
de su corona mi frente,
de sus culpas mi conciencia.
De ese mundo impuro y vano
que ambicioso ensangrenté,
hasta el recuerdo olvidé:
si de algún amor humano
queda en mí vivo el anhelo,
mataré mi loco afán.
(Volviéndose á él, con fervor.)
¿Verdad que lo haré, Fray Juan,
con el auxilio del cielo?

FR. JUAN Dios no suele negar nada
á quien le ruega con fe.

EMP. Pues yo se lo rogaré.
(Viéndolo y llamándole.)
¡Ah! Ven acá, buen Quijada.

QUIJ. (Acudiendo.)
Señor...

EMP. (A Fray Juan, separándose de él.)
Tengo algo importante
que decirle Perdonad.
(Quédanse solos en primer término el Emperador y Quijada. Todos los demás personajes se repliegan al foro, hasta que el diálogo lo indica.)
Te necesito.

QUIJ. Mandad.

EMP. Vas á partir al instante.

QUIJ. ¿He de partir?

EMP. Te lo ruego.

QUIJ. ¿Dónde? Vuestra orden es ley.
EMP. (Dándole un papel, que saca del pecho.)
En busca de mi hijo el rey,
para llevarle este pliego.
Vé. Tu concurso me presta.
QUIJ. ¿A Flandes?
EMP. A Flandes, sí.
Y, por Dios, que estés aquí
muy pronto con su respuesta.
Avanza mi enfermedad;
ya poco en vivir confío,
y en ese pliego le envío
mi postrera voluntad
Quiero cumplir mis deberes.
QUIJ. Cumplidos están, á fe.
EMP. No, Quijada; aun no pagué
mi gran deuda hacia dos seres.
QUIJ. ¿Cómo?
EMP. Olvidarme no debo
hoy que se acaba mi vida
de una mujer desvalida
ni de un gallardo mancebo.
QUIJ. (Con alegría al oirlo.)
¿Ya os decidísteis quizás?...
EMP. A lo que es justo, en conciencia:
á asegurar su existencia.
QUIJ. (Con disgusto.)
Eso es poco.
EMP. ¿Pues que más
entiendes que debo hacer?
QUIJ. Unirc s en dulces lazos;
estrechar en vuestros brazos
al que os debe vida y ser.
EMP. No.
QUIJ. (Suplicante.)
Mi ruego os hace mella.
Vereis qué gran alegría...
EMP. (Con tristeza)
Porque sé que lo sería
no debo pensar en ella.
QUIJ. ¿Quién os lo impide, inclemente?
EMP. Un juramento sagrado.
Al placer he renunciado.
QUIJ Sois padre.

EMP. Soy penitente.
QUIJ. No desoigais mis consejos:
pues está de vos á un paso...
EMP. (Interrumpiéndole, con sequedad y energía.)
¿Quiero yo saber, acaso,
si está cerca ó si está lejos?
¡No me lo digas!
QUIJ. (Con respeto.) Señor...
EMP. (Arrepintiéndose, con dulzura.)
Soy muy rudo. Te ofendí:
perdona.—A veces en mí
revive el Emperador,
mas pasa el sueño y me enfada
dar en tan bruscos extremos.
QUIJ. ¿Vos?...
EMP. Razones abreviemos
y parte, mi buen Quijada.
Piensa que espero anhelante
tu vuelta.
QUIJ. Sabré correr.
Lo voy todo á disponer,
señor, y parto al instante.
EMP. Sí; vé, vé, mi fiel amigo.
QUIJ. Me honrais.
EMP. De serlo me ufano.
QUIJ. Vendré á besar vuestra mano.
EMP. Dios vaya siempre contigo.
(Vase Quijada.)
PRIOR (A Juanelo Turriano, en el grupo en que habrán estado todos, mientras el diálogo del Emperador y Quijada.)
¿Y lograis de esa manera
tantas figuras mover?
JUA. Muy pronto lo vais á ver.
FR. JUAN Maravilla verdadera
debe ser.
PRIOR Extraordinaria.
JUA. Fruto es de largo desvelo.
EMP. (Acercándose al grupo.)
¿Os explica el buen Juanelo
su ingeniosa maquinaria?
PRIOR Sí.
FR. JUAN Ser precioso promete.
MORÓN ¿Hay cien muñecos?

JUA. Cabal.
Una batalla campal
con soldados de juguete.
EMP. ¿Verdad que va á ser curioso?
JUA. Vos me ayudásteis sin duda
bastante.
EMP. Menguada ayuda
es la de un pobre gotoso,
más á vos sólo, en gran parte,
lo debeis, si útil os fuí,
que á vuestro lado aprendí
de hacer relojes el arte.
JUA. Discípulo soberano.
EMP. Y si en él soy algo diestro
es porque fué mi maestro
el gran Juanelo Turriano.
PRIOR La tarde empieza á caer
y á vuestra paternidad
le daña...
EMP. Decís verdad:
hora es esta de volver.
FR. JUAN Si queréis mi brazo...
EMP. (Tomándolo.) Sí;
acepto vuestro homenaje...
PRIOR ¡Ah! Mirad: Hernán, el paje,
viene corriendo hacia aquí.

ESCENA X

DICHOS, HERNÁN

EMP. (Con energía, más fingida que real.)
Sufrirá, pues justo es,
de mi castigo el rigor.
HERNÁN (Que oye la frase; arrodillándose.)
Imponédmelo, señor:
ya lo espero á vuestros pies.
EMP. (Más blando, en cuanto lo ve.)
¡Ah! ¿Por fin estáis de vuelta?
HERNÁN Perdonadme.
EMP. Alzad del suelo.
Sois un diablillo, un locuelo.
No volveré á daros suelta.

¿Sabéis que me habéis tenido
en gran congoja?

HERNÁN Lo sé.
Nunca me perdonaré
que hayáis por mí padecido,
mas vuestra piedad invoco...

EMP. (A los frailes.)
Pues ya tengo á Hernán aquí,
podéis volveros sin mí:
yo iré con él poco á poco.

PRIOR Pensad en las prescripciones
del doctor.

EMP. No tardaré.
En el convento estaré
para el toque de oraciones.
(Vanse todos, menos el Emperador, Hernán y Teresa.)

ESCENA XI

EL EMPERADOR, HERNÁN, TERESA

HERNÁN (Aparte á Teresa, deteniéndola.)
(No os vayáis, Teresa mía.
Con vos defenderme quiero.)

EMP. (A Hernán.)
Hablad. Que expliquéis espero
dónde pasásteis el día.
Ya debísteis sospechar
mi zozobra y mi cuidado.

HERNÁN ¿Cómo haberlos sospechado?

EMP. ¿Eh?

HERNAN ¿Quién puede imaginar
—no os hago con ello ultraje—
que esté inquieto y temeroso
un monarca poderoso
por la tardanza de un paje?

EMP. (Con dureza.)
Argucias y no razones
son esas. Muy mal hacéis
si desarmarme queréis
con vanas adulaciones.

HERNÁN (Ofendido, con dignidad.)
Señor, me hacéis un agravio.

Aunque mozo y sin blasón,
ya sé que la adulación
quema al alma y mancha al labio.
Por eso os hablo verdad.
Si darme crédito os pesa,
que diga por mí Teresa
si amo á Vuestra Majestad.

EMP. (Conmovido; con ternura.)
¿Que vos me amáis?

TER. Os adora;
es cierto. Para Hernán vos
sois un culto; más, un Dios...

EMP. (Aparte.) (Ilusión engañadora,
déjame; no hagas nacer
en mi alma absurdas ideas;
ni es *él*, aunque tú lo creas,
ni yo lo quiero saber.)

HERNAN (Acercándose á él al verlo pensativo.)
¿Estáis triste?

EMP. Ya pasó.
Cuando locuras no hacéis
me alegra veros.

HERNÁN (Con franqueza de niño.) Tenéis
el mismo gusto que yo.
Cuando por reñir no os da,
me complace acompañaros
y estar junto á vos y hablaros...

EMP. ¿Eh?

HERNAN Teresa os lo dirá.
Bien lo sabe.

TER. Sí, por Dios;
siempre decirme le agrada
que no le complace nada
tanto como estar con vos.

EMP. ¿Nada?

TER. Nada.

EMP. (Con malicia.) ¿Ni siquiera
verte á tí?

HERNÁN (Con temor, viéndose descubierto; aparte.)
(Bien lo temía.)

TER. (Como Hernán.)
(¡Jesús!)

EMP. Porque el otro día
cuando rondaban ahí fuera,

dándote la serenata,
los mozos que tras ti van,
no me pareció que á Hernán
le era la música grata.

HERNÁN (Sin poder contenerse.)
Y mal hará quien responda
que esos músicos villanos
saldrán con los huesos sanos
como aquí vuelvan de ronda.

EMP. ¿Eh? ¿Cómo?

HERNÁN Lo he prometido
y al que vuelva en adelante...

EMP. (Con energía.)
No hareis cosa semejante,
señor mozuelo atrevido.
¡Siempre con alguna empresa
de peligro, vive Dios!...
¿Tal vez se os importa á vos
que ronden ó no á Teresa?
Sois un niño y no me place
lo que la edad no consiente.

HERNÁN Perdonadme.

EMP. (Aparte.) (Es conveniente
matar ese amor que nace.)

HERNAN Señor...

EMP. (Aparte.) (Si fuese el que temo...
¡Siempre esta idea tenaz!)

TER. (A Hernán, aparte.)
(Ya oisteis.)

EMP. (Mirándolo, compadecido.)
(¡Pobre rapaz!
He estado duro en extremo.)
(Alto.)
Excusad mi mal humor.
soy un viejo.

HERNÁN (Con humildad y cariño.)
¿Os disculpais?
Decidme cuanto querais.

EMP. ¿No me guardereis rencor?

HERNÁN ¿A vos? ¿Al César glorioso?...

EMP. Dejad tal nombre.

HERNAN ¿Por qué,
si es como siempre os llamé
y es un nombre tan hermoso?

EMP. (Como siempre, vencido por la ternura)
¿Os gusta?
HERNÁN Es mi gran amor.
Ocho años aun no contaba
y á todas horas jugaba
á ser el Emperador.
EMP. (Aparte.)
(El presentimiento, acaso.)
HERNÁN Era en mí casi manía
Recuerdo que cierto día...
(Volviéndose á el, con ingenuidad infantil.)
¿Queréis que os refiera el caso?
EMP. Referidlo, si os agrada.
HERNÁN Largo el suceso no es.
Vivía yo en Leganés
con el señor de Quijada,
y fijo siempre en mi idea,
era el placer de mi vida
formar legión aguerrida
con los niños de la aldea.
Yo era el Cesar vencedor..
Y á fé que serlo pensaba
cuando la hueste gritaba:.
«¡Viva nuestro Emperador!»
En las haciendas vecinas,
de mi hueste ante el coraje,
perdieron mucho ramaje
las corpulentas encinas,
pero si abetos y robles
fueron en breve talados
no salieron mis soldados
sin mosquetes ni mandobles.
Cuando ante ellos me ponía
levantando mi oriflama
—una larguísima rama
cuyo peso me rendía—
estaba tan convencido
de llevar gran fuerza en pos,
que de encontrarme con vos
con vos hubiera reñido.
Otro chico por jactancia,
ó por buscarme quimera,
decía siempre que él era
el rey Francisco de Francia,

y ganoso de imitar
en todo cuanto yo hacía,
quiso, rival de la mía,
otra hueste levantar.
Díjele yo, cierta tarde,
junto á la iglesia: «Conrado,
el rey de Francia ha quedado
dos veces como un cobarde,
y puesto que eres su amigo
y que tomas su papel,
lo que hizo el César con él
es lo que yo hago contigo:
te reto. Véme á esperar
del Alamillo á la fuente.»
Y aquel día, y al siguiente
lo fuí yo sólo á buscar.
Por el sitio convenido
no pareció; me cansé,
y á mi hueste congregué
y le conté lo ocurrido.
A una voz, con energía,
contestó toda la grey:
«Vamos contra ese mal rey;
pronto: ¡á Pavía! ¡á Pavía!»
Y tal voz al resonar,
formada en fila la gente,
se entró resuelta y valiente
por la plaza del lugar.
Quiso nuestra suerte fiera
que, de la plaza á la entrada,
tambien su hueste formada
el rey Francisco tuviera,
y cuando, en armas iguales,
y en campo abierto nos vimos,
con furor nos embestimos
los dos terribles rivales
En herir con mano diestra
y en luchar con bizarría,
no debió ser mi Pavía
menos dura que la vuestra.
¡Cuánto golpe! ¡Cuánto ardor!
¡Ira, rabia, empuje fiero!...
Y siempre el grito guerrero
de «¡Viva el Emperador!»

Yo hice tres lanzas astillas;
luché con furia tremenda...
Aun quedan de la contienda
recuerdos en mis costillas.
La infantil lucha á mirar
vienen todos prontamente:
llega gente, mucha gente:
se nos quiere separar...
¡Vana ilusión! ¡Loca idea!...
Viendo á sus hijos heridos.
los padres, enardecidos,
toman parte en la pelea,
y haciéndose general
aquel combate entre hermanos,
mujeres, mozos, ancianos,
todos luchan por igual.
Y arrecia el ardiente embate
y la sangre al pueblo riega,
hasta que la noche llega
y pone fin al combate.
Resumen: mas de una hora
de batallar con constancia:
prisionero el rey de Francia,
mi oriflama vencedora;
de Leganés el recinto
destrozado en guerra impía,
y yo gritando: «¡Pavía
por el César Carlos quinto!»

EMP. (Entusiasmado por la descripción.)
¡Bravo, Hernán! Os quiso Dios
la victoria conceder.

HERNÁN ¿Pues no había de vencer?
¿No os dije que yo era *vos*?

EMP. También, si mal no os oí,
el rey fué preso.

HERNÁN Sin duda.
De otro chico con la ayuda
en un desván lo metí.
Allí pagó sus desmanes.

EMP. Por Dios que fuistéis cruel.
¡Un desván!

HERNÁN Hizo el papel
de torre de los Lujanes.

EMP. Y de fijo la jornada
gran gloria en el pueblo os dió.

HERNÁN Sí, pero no me duró,
porque el señor de Quijada
al saber mis tropelías
(no las supo hasta después)
sácome de Leganés
pasados muy pocos días.

ESCENA XII

DICHOS. El HERMANO LIBORIO

LIB. Señor, licencia me dad.
EMP. ¿Qué hay?
LIB. Del convento á la entrada
ver pretende una tapada
á vuestra paternidad.
EMP. Contestad á esa mujer
que es inútil su deseo.
Denla un socorro.
LIB. No creo
que eso venga á pretender.
Desde ayer fija está ahí
con ese empeño obstinado.
HERNÁN (De pronto, como quien recuerda algo.)
Verdad: ya había olvidado ..
EMP. ¿Eh? ¿Cómo?
HERNÁN También á mí
me vió ayer tarde, y por Dios
—si delinquí no os lo niego—
que le ofrecí que su ruego
llegar haría hasta vos.
EMP. Mal hecho.
HERNÁN Sentí piedad
ante aquella dama hermosa
que me imploraba llorosa
presa de viva ansiedad.
EMP. ¿Os habló?
HERNÁN De esta manera:
«Ya sé que sois su lector.
Decid al Emperador
que si no quiere que muera,
de entrar permiso me dé
como mi empeño reclama.»

EMP. (Que ha oído á Hernán con interés)
¿Pero el nombre de esa dama?...
HERNÁN Me lo dijo y lo olvidé.
EMP. Recordad... (Aparte.)
(Tiemblo de espanto.)
HERNÁN (Como quien se acuerda de pronto.)
¡Ah! Sí; ya lo sé, de fijo.
Bárbara Blomberg, me dijo.
EMP. (Con vivísima sorpresa é inquietud.)
¡Ella!... Bárbara!.. ¡Dios santo!
(Todos rodean al Emperador, que permanece un instante ensimismado.)
HERNÁN ¿Qué os pasa?
LIB. Me hace temer..
TER. Y á mí. Su mano está fría.
EMP. (Volviendo en sí, con angustia.)
Id, Hernán, de parte mía
en busca de esa mujer,
y decidle que su intento
debe al punto abandonar;
que verme no ha de lograr;
que se aleje del convento;
que oiga mi voz suplicante...
Id, id, Hernán; por favor.
HERNÁN Iré; calmaos, señor...
EMP. No os detengais: al instante...

ESCENA XIII

DICHOS y MORÓN. Hernán va á salir, seguido del Hermano Liborio, y al llegar al foro se encuentra con Morón que entra y los detiene. El Emperador permanece abstraído, en primer término

MORÓN (A Hernán.)
Esperad.
HERNÁN (Queriendo desasirse de él, que lo sujeta.)
No puede ser.
MORÓN (Mostrándole un cuchillo.)
¿Conocéis este puñal?
HERNAN (Con gran sorpresa.)
¿Eh?... ¿Cómo?... ¿El mío?
MORÓN Sí tal.
HERNÁN ¿Cómo está en vuestro poder?

MORÓN Sois un valiente probado.
HERNÁN Responded, por vuestra vida.
¿Lo encontrásteis?...
MORÓN En la herida
del oso que habéis matado.
HERNÁN ¿Quién os ha dicho?...
MORÓN Un pastor
y un guarda lo han recogido
en el río y lo han traído.
HERNÁN Callad, que el Emperador
no sabe...
LIB. (Con asombro) ¡Dios de Israel!
¿Vos dísteis cima á la empresa?
MORÓN (A Hernán.)
Id tranquilo.
(A Teresa, que está junto á él también.)
Y tú, Teresa,
déjame solo con él.
(Vanse Hernán y el hermano Liborio por el foro. Teresa entra en su casa.)

ESCENA XIV

EL EMPERADOR, MORÓN

MORÓN Vengo á buscaros, señor.
EMP. (Saliendo de su abstracción.)
¿Qué ocurre?
MORÓN Una cosa extraña.
Por fin murió la alimaña
de estos contornos terror.
EMP. ¿El oso? ¿Quién lo ha matado?
MORÓN Pues eso es lo sorprendente:
que del río la corriente
muerto á la orilla lo ha echado,
sin que quedara señal
del cazador de fortuna.
EMP. ¿No ha dejado huella alguna?...
MORÓN (Entregándole el cuchillo.)
Bien escasa: este puñal.
EMP. (Tomándolo y mirándolo.)
¿Cómo?
MORÓN Se lo hundió con brío

al monstruo una mano ruda.
Fué un gran golpe.

EMP. (Mirando al cuchillo con asombro.)
Sí; no hay duda.

MORÓN (Aparte.)
(Picó el anzuelo.)

EMP. Esto es mío.

MORÓN (Fingiendo sorpresa.)
¿Vuestro ese puñal?

EMP. Lo fué.

MORÓN ¿Fuísteis vos el matador?

EMP. Deja las burlas.

MORÓN Señor,
burlas con vos nunca usé.
Empresa de un soberano
digna es matar á una fiera.
No sería la primera
que habrá muerto á vuestra mano.

EMP. Está ya muy fatigada.

MORÓN Aun puede daros gran brillo.

EMP. (De pronto)
¡Ah! Ya caigo. Ese cuchillo
se lo regalé á Quijada.

MORÓN Quijada ha sido el valiente
entonces.

EMP. Claras están
las señas.

MORÓN (Aparte) (Bien va mi plan.)
(Alto, mirando.)
El llega precisamente.

ESCENA XV

DICHOS, QUIJADA

QUIJ. Ya estoy á partir dispuesto,
según vuestra orden sagrada.

EMP. Vé con Dios, mi buen Quijada.

QUIJ. Vuestra mano. (Se la besa.)

EMP. Vuelve presto.

MORÓN (A Quijada.)
Recibid mi enhorabuena.

EMP. ¡Ah! Sí, que justo es á fe.
También la mía
QUIJ. (Con sorpresa.) ¿Por qué?
MORÓN ¡Bah! ¡Por Dios!... No os deis la pena
de fingir sorpresa tal.
EMP. Ya sabemos que has matado
á esa fiera.
MORÓN Se ha encontrado
sobre ella vuestro puñal.
QUIJ. No os entiendo.
MORÓN (Dándole el cuchillo.)
Vedlo aquí.
EMP. Prueba es clara como el día.
QUIJ. Esta daga ya no es mía.
EMP. ¿Cómo?
QUIJ. Há tiempo que la dí.
EMP. ¿Mi dón despreciaste, infiel?
QUIJ. Otro no hallé que lo iguale.
Apreciarlo en lo que vale
probé privándome de él.
Alguien, más que yo, digno era
de esa joya.
EMP. No colijo...
QUIJ. Se la he dado á vuestro hijo.
EMP. (Con gran sorpresa.)
¿El matador de esa fiera
es mi hijo, entonces?...

ESCENA XVI

DICHOS, HERNÁN

HERNÁN (Entrando.) Señor,
vuestra esperanza era un sueño:
sigue esa dama en su empeño
de ver al Emperador.
EMP. ¿Persiste?...
HERNÁN Con tesón tal
que allí queda acongojada.
EMP. (Aparte.)
(¿Qué hacer?)

HERNAN (Con naturalidad, viendo su puñal en manos de Quijada y cogiéndolo.)
¡Ah! señor Quijada;
devolvedme mi puñal.

EMP. (Con asombro extraordinario.)
¿Tu puñal?

MORÓN (Aparte, sonriendo con satisfacción.)
(Por fin cayó.)

QUIJ. (Aparte, á Morón, también con alegría)
(El azar nos favorece)

EMP. ¿Ese arma te pertenece?

HERNÁN Don Luis me la regaló.

EMP. (Con arranque de amor, que reprime.)
¡Hij!... ¡Hernán!
(Aparte) (¡Es él! ¡Es él!)

MORÓN (Aparte á Quijada.)
(Verá, al fin, mejores días.)

HERNÁN (Confuso.)
Señor...

EMP. (Aparte.) (Bien me lo decías,
corazón mío: eres fiel.)
(Alto, á Hernán)
¿Entonces el matador
de la fiera?...

HERNÁN ¿Habéis sabido?...

EMP. Ese hierro te ha vendido.

HERNÁN ¡Ah! Perdonadme, señor.

EMP. (Contemplándole con orgullo y ternura.)
Poco el perdón me parece,

HERNÁN Vuestra bondad es notoria.

EMP. (Abriéndole los brazos.)
¡Abrázame!

HERNÁN (Abrazándolo con efusión.) ¿Tanta gloria
mi pobre hazaña merece?
(El Emperador se separa de Hernán y se acerca á Morón, con quien habla, á uno de los lados de la escena, mientras Hernán y Quijada forman grupo al otro extremo.)

EMP. Morón, cesaron mis penas.

MORÓN Vuestra ventura se explica.

EMP. (Con orgullo.)
¡Es un bravo!

MORÓN Justifica
la sangre que hay en sus venas.

EMP. ¡Buen brazo!
MORÓN ¡Y buen corazón!
EMP. Si es un niño...
MORÓN No, ¡es un hombre!
EMP. Un leoncillo...
MORÓN ¡Ese es el nombre
del cachorro del león! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Celda del Emperador. Al foro, gran ventana ó tribuna, cerrada, que al abrirse dejará ver la Iglesia. Muebles modestos. Sobre una mesa, cubierto por un paño, una especie de juguete, lo más grande posible, que representa una batalla. Soldados que se mueven, por un aparato de relojería, finjen atacar una fortaleza, defendida también por figuras de movimiento. Puertas y ventanas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

HERNÁN, EL HERMANO LIBORIO. Hernán en escena. El hermano Liborio entra con cierto misterio.

HERNÁN ¿Cumplisteis mis instrucciones?
LIB. Ya está en mi celda encerrada.
No temais.
HERNÁN ¿Nadie la ha visto
al entrar?
LIB. Nadie, á Dios gracias.
La hice pasar por la huerta
mientras los padres estaban
en el coro.
HERNÁN Os agradezco
lo que haceis con toda el alma.
LIB. No lo agradézcais —Os sirvo,
no sólo porque me agrada
serviros—y eso que el riesgo
que corro me tiene en ascuas—

sino también, os lo juro,
porque me inspira gran lástima
esa infeliz. Un mes hace,
si mi cuenta no me engaña,
que viene todos los días
al convento, solitaria,
triste, afligida, llorosa...

HERNÁN Pues hoy terminan sus ansias.
Yo también siento por ella
compasión. Tiene esa dama
un no sé qué, que me atrae.
Su faz, por el llanto ajada,
pero hermosa todavía;
la dulzura con que me habla
cuando me ve; la tristeza
que refleja su mirada,
todo en ella me cautiva
y me seduce y me encanta.
Por eso ayer en la Iglesia
le dije: «secad las lágrimas;
ya habeis sufrido bastante:
si de vuestro mal la causa
es que quereis ver al César,
yo os haré verlo mañana.»

LIB. Pues no dirá que no habeis
cumplido vuestra palabra.

HERNAN Aun no.

LIB. Ya está en el convento.

HERNAN Que los dos se encuentren falta.

LIB. Eso ya es fácil.

HERNAN No tanto.

LIB. A vos nunca os niega nada
su paternidad; os quiere
muchísimo.

HERNAN Pero vanas
siempre han sido en este asunto
mis súplicas.

LIB. ¡Qué constancia
en negarse á recibirla!

HERNAN Y ella también ¡qué obstinada
en verle!

LIB. Aquí hay un misterio.
¿No pensais?

HERNAN Tal vez lo haya,

pero ni eso es de mi cuenta
ni mi propósito pasa
de ponerlos frente á frente;
luego, que ellos á sus anchas
se expliquen.

LIB. ¿Pensais que él ceda?

HERNAN Muy necio si lo pensara
sería. No me propongo
rogar: mi plan de batalla
es distinto.

LIB. ¿Una sorpresa?

HERNAN Cabal. En aquella estancia
(Señalando á una de las puertas.)
hago entrar á esa señora,
y cuando crea llegada
la ocasión, abro la puerta
y se encuentran cara á cara

LIB. No es mal plan.

HERNAN A realizarlo
comencemos sin tardanza.

LIB. ¿La hago entrar?

HERNAN Es el momento,
puesto que los frailes se hallan
en la Iglesia, de que cruce
el claustro.

LIB. Voy á buscarla.

HERNÁN Id.

LIB. Es mejor para todos.
Si en mi celda la encontraran...
¡Se me erizan los cabellos
de pensarlo, Virgen Santa!...

HERNÁN No os detengais.

LIB. Al instante.
Me librais de una gran carga.
(Vase el hermano Liborio.)

ESCENA II

HERNÁN

Sé que me expongo á un peligro;
que el Emperador se enfada
conmigo; que tal vez pierda

por muchos días su gracia...
¡Bah! No me importa. Es preciso.
Cuando mi auxilio reclama
una mujer que padece,
si yo puedo consolarla,
pensar no debo en mi riesgo;
pensar debo en su desgracia.
(Viendo la puerta que se abre.)
Es ella.—Pasad, señora;
ya teneis libre la entrada.

ESCENA III

BÁRBARA, HERNÁN

BÁRB. Págueos Dios, piadoso niño,
el bien que haceis á mi alma.
HERNÁN Cumplisteis vuestros deseos,
puesto ques estais en la estancia
del Emperador.
BÁRB. (Muy conmovida al oirlo.)
¿Eh? ¿Cómo?
¿Vive aquí? ¿Pone sus plantas
sobre este suelo? ¿Esa mesa
es la mesa en que trabaja,
y este el aire que respira
y este el sitio en que descansa?
¡Por fin!... Bendigo mil veces
las penas de mi jornada.
¡Te ofendí, Señor, diciendo
que era dura y que era larga!
HERNAN ¿Venís de muy lejos?
BÁRB. Mucho.
HERNAN ¿Por realizar la esperanza
de ver al César?
BARB. Por eso
no mas.
HERNAN ¿Y si él se obstinara
en no veros?
BÁRB. Moriría.
Mas tengo en Dios confianza.
Años ha que á todas horas
sólo le pido esa gracia...

Verle y morir... Fuera impío
si al cabo me la negara.

HERNAN Mucho le amais.

BÁRB. (Con pasión.) ¿Que si le amo?
Vos no podéis estas ansias
comprender.

HERNAN Aunque soy joven
algo de amor se me alcanza.

BÁRB. Del amor que es mariposa
con polvo de oro en las alas;
no del que es dogal que oprime
ó agudo dardo que mata.
Para vos son los amores
el romper de la alborada;
algo que empieza, que nace,
que es todo luz y esperanza:
para mí son un recuerdo;
algo que muere y se acaba:
la tarde que ya declina
porque la noche la arrastra.
El porvenir sonriente
os dice á vos cuando os habla:
«yo te reservo venturas,
yo te guardo bienadanzas.»
A mí me dice el pasado:
«Ven á mi voz que te llama;
vive en mí; más bien no esperes
que el que á mí darte me plazca.»
Y en ese pasado vivo
de una memoria lejana,
de un placer, gozado á penas,
que por eso aun más me halaga,
porque para ser completo
ni aun el ser breve le falta.
Muy corta fué mi ventura,
mas su intensidad fué tanta,
que para llenar mi vida
con su recuerdo me basta.
Aun bebo placer en ella
y la fuente siempre mana:
parece, en vez de agotarse,
correr con más abundancia...
¡Como el sol, los goces puros
cuando se alejan se agrandan!

HERNAN Aunque bien no os he entendido,
me suenan vuestras palabras
dulcemente, y sobre todo,
ya sé lo que deseaba:
que amais al César: con eso
para que yo os ame basta.
BÁRB. Vos le amais mucho, sin duda;
¿no es verdad?
HERNAN ¡Oh! Más que á nada.
BÁRB. ¿Llevaréis siendo su paje
años ya?
HERNAN No; ni hace falta
El rayo incendia de pronto
y el amor de pronto abrasa.
BÁRB. Bien decís.
HERNAN ¿Quién que viviera
junto al César no le amara?
Lo grande atrae y subyuga.
BÁRB. Pues más grande que su alma
no hay otra.
HERNAN Podéis decirlo.
BÁRB. Pruebas de ello no me faltan.
Lo he conocido en el trono,
cuando al mundo dominaba
HERNAN Yo por todos dominado
en su celda solitaria.
BÁRB. Quien es probó en la fortuna.
HERNAN Mas la prueba en la desgracia.
BÁRB. Yo le ví ganar coronas.
HERNAN Y yo le ví despreciarlas.
(Pausa.)
BÁRB. Gozo oyéndoos, hijo mío;
vuestra bondad, vuestra cara,
ese lenguaje discreto,
todo lo vuestro me encanta.
Si la teneis, vuestra madre
debe estar de vos ufana.
HERNAN (Con tristeza.)
No la conocí. Soy huérfano.
BÁRB. Perdonadme.
HERNAN Esa es la causa
de mi afición decidida
por la guerra y por las armas.
Como me eduqué sin madre

la inclinación de mi infancia
fué á la lucha. No tenía
quien mis instintos domara
y en ternura convirtiese
mi fiereza y mi arrogancia.
Por ser así, su «leoncillo»
el Emperador me llama:
pero no penseis por eso
que mi corazón rechaza
de los afectos tranquilos
la dicha serena y grata.
Antes bien pienso, señora,
que si el «leoncillo» hallara
á aquella de cuyos besos
siente siempre la nostalgia,
al verse frente á su madre
no fueran sus manos zarpas,
que fueran collar de amores
que ciñeran su garganta.

BÁRB. Hay entre nuestras desdichas
misteriosa semejanza,
pues mientras vos de una madre
los besos decís que os faltan,
rebosando están los míos
de los labios y del alma
y en vano buscan la frente
del hijo que los aguarda.

HERNAN ¿Buscáis á un hijo?

BÁRB. Hace tiempo.

HERNAN ¿Niño?

BÁRB. Vuestra edad lozana
debe tener.

HERNAN ¿Catorce años?

BÁRB. Justo. ¡Coincidencia extraña!

HERNAN Más profunda simpatía
á cada instante me enlaza
con vos, señora, y en prueba
de que mi voz no os engaña,
puesto que hacia el hijo ausente
de vuestra boca se escapan
los besos, mientras podeis
realizar esa esperanza,
supla á su frente la mía:
besadme, si eso os agrada.

BÁRB. (Besándolo conmovida.)
¡Con alma y vida!
HERNAN ¡Dios quiera
calmar pronto vuestras ansias!
(La voz del Emperador, dentro)
EMP. Decidle que aquí le espero.
HERNAN ¡Es el!
BÁRB. (Con alegría.) ¡Su voz, Virgen santa!
¡Al fin le veré!
HERNAN No ahora.
BÁRB. (Con extrañeza.)
¿Cómo?
HERNAN Entrad en esa estancia.
Yo os avisaré al momento
BÁRB. ¿Eh?
HERNAN Confiad en mi palabra.
(Bárbara entra en el cuarto que le indica Hernán.)

ESCENA IV

HERNAN, el EMPERADOR, MORÓN y JUANELO TURRIANO. El Emperador viene apoyado en el brazo de Morón, Juanelo les sigue

EMP. (A Morón.)
Tú siempre batallador.
MORÓN Quiso Dios hacerme así.
EMP. (Viéndolo.)
Hola. ¿Estaba Hernán aquí?
HERNAN Os esperaba señor.
EMP. Muy bien. Pues estás delante
serás juez en este duelo.
Id disponiendo, Juanelo,
nuestro aparato al instante.
(Juanelo quita el paño á la mesa y prepara la maquinaria para hacer la andar.)
HERNAN ¿Qué sucede?
EMP. (Señalando á Morón.) Está obstinado
que se empeña en sostener
que no es posible mover
á un tiempo á tanto soldado.
HERNAN ¿Habláis de esa maquinaria?
EMP. Por probarle tengo afán,
antes que venga Fray Juan

á mi confesión diaria,
que con toda precisión
se mueven al mando mío.

HERNAN Por Dios que admirar ansío
vuestra ingeniosa invención.

MORÓN Y yo. Guerras empeñadas
contemplar siempre deseo:
cuando las ciertas no veo,
gozo en ver las imitadas.

JUA. Ya está, señor.

EMP. (A Morón y Hernán.) Pues venid
antes que el tiempo se pierda.

JUA. ¿Los hago andar?

EMP. Dadles cuerda
y empiece la ruda lid.

(Juanelo da cuerda y empiezan á menearse las figuras. Hernán y Morón siguen con atención y sorpresa sus movimientos.)

MORÓN Se mueven.

HERNAN Sí.

MORÓN ¡Quién diría!...

HERNAN (Señalando.) Y aquel grupo—es singular—
avanza.

EMP. (Con satisfacción.)
¿No ha de avanzar
si es mi brava infantería?

MORÓN Va con fieros ademanes.

EMP. Ya irás viendo: ten cachaza.

MORÓN (Junto á la mesa, señalando á las figuras.)
Los de allí cercan la plaza.

EMP. Esos son mis alemanes.
¡Buena gente!

MORÓN Estoy pasmado

HERNAN ¿Y aquél del brillante arnés?

EMP. Es un valiente.

HERNAN ¿Quién es?

EMP. Leiva, ¡mi mejor soldado!
Ese debe ser tu espejo.
Fíjate, Juan.

MORÓN (Maliciosamente, al oir la equivocación del Emperador.) ¿Cómo Juan?

EMP. Ha sido un error: Hernán.

MORÓN ¡Ah! Ya.

EMP. ¡Chocheces de viejo!

(A Hernán.)
Su nombre eterna aureola
debe alcanzar—no lo dudes—
que él compendia las virtudes
de nuestra raza española.
Si el hierro empuña tu mano
—no eches mi voz en olvido—
sé como Leiva sufrido,
terco, valiente, cristiano.
Verás cómo tu cabeza
los lauros coronarán:
créeme, Juan... digo, Hernán.
(Como enfadado consigo mismo.)
¡Por Dios que es mucha torpeza!

HERNAN Conseguir tal galardón
será el afán de mi vida.

MORÓN Vuestra Majestad olvida
que cortó la explicación.
Siguen esas pobres gentes
de la lucha en los extremos
y ni Hernán ni yo sabemos
quiénes son los combatientes.

JUA. Aun hay cuerda.

EMP. (A Morón.) Bien dijiste.

MORÓN (Señalando.)
Ved á esos que á tomar van
el fuerte

EMP. Y lo tomarán.
A esos nadie se resiste.
Es gente al temor extraña.

MORÓN Sí que marchan decididos.

HERNAN ¿Quiénes son?

EMP. Mis preferidos;
mis buenos tercios de España.

MORÓN (Con orgullo.)
¿Nosotros?

EMP. (Animándose por grados.)
Sí, fiel Morón:
tú; los que iban á tu lado...
¡los valientes que habéis dado
tanta gloria á mi blasón!
Los que en triunfos ó en reveses
sois en el valor iguales;
mis castellanos leales,

mis fieros aragoneses;
los que en mi memoria llevo;
mi jamás vencida tropa,
terror de la vieja Europa,
asombro del mundo nuevo;
la legión que despreciaba
trabajo, escasez y muerte...

HERNAN (Que sigue el movimiento de las figuras.)
Mirad; ya entran en el fuerte.

JUA. Y ya la cuerda se acaba.
(Cesa, en efecto, el movimiento de las figuras.)

HERNAN Nos dejásteis asombrados.

JUA. Gran labor la nuestra ha sido.

EMP. Ya ves, Morón, que has perdido;
que se mueveñ mis soldados.

MORÓN No perdí; gané, señor;
que mientras os escuchaba
pensé que resucitaba
el glorioso Emperador,
y si tal triunfo á ver llego...

EMP. No abrigues tan loco afán.
(Viendo á Fray Juan que aparece.)
¡Ah! Ved. Ya está aquí Fray Juan.
Con él dejadme: os lo ruego.
(Vanse Hernán, Morón y Juanelo)

ESCENA V

EL EMPERADOR, FRAY JUAN

FR. JUAN ¿He tardado quizás?

EMP. No, padre mío:
yo soy tal vez quien de imprudente peco
mandándoos á buscar á cada paso,
mas necesito del auxilio vuestro.

FR. JUAN ¿Siempre la misma lucha?

EMP. Aconsejadme.

FR. JUAN Difícil es, á fe, daros consejo.
El sentimiento que os perturba el alma
es un hermoso y noble sentimiento.
Nada más natural que amar á un hijo.
Al paternal amor sublime y tierno
Dios lo bendice: es puro, es necesario...

EMP. (Animado por las frases de Fray Juan.)
Y lo es aun más cuando se llega á viejo;
cuando se ha consumido la existencia
en un constante batallar violento
y harto de luchas, de ambición, de sangre,
ya con el corazón cansado y seco,
se siente sed de amor y de ternura,
de olvido, de perdón y de consuelo.
A morirme sin él me resignaba
y ese amor que soñé sale á mi encuentro.
¿Lo debo desdeñar, si es mi ventura?
¿Gustar su miel dulcísima no debo?
Yo no fuí á buscarlo, padre mío:
fué Dios quien me lo puso en mi sendero.
Pues ve correr el agua cristalina,
¿no ha de mojar sus labios el sediento?

FR. JUAN Culpaos á vos mismo si ese goce,
lícito en los demás y en vos funesto,
no podeis disfrutar sin amargura.

EMP. Bien decís, padre mío.

FR. JUAN Juramento
hicísteis de vivir en penitencia,
de renunciar á todos los afectos.

EMP. Verdad; pero al jurarlo no sabía
que iba á sentir en mi alma un amor nuevo;
que iba á ver á aquel hijo, al que yo ingrato
mandé siempre tener de mí muy lejos,
y que iba á ser hermoso y que iba á amarme
y que al echar sus brazos á mi cuello
iba á hacerme sentir una ventura
incomparable, inmensa, sin ejemplo.

FR. JUAN Si no os sentís con fuerzas, el Pontífice
os puede relevar del cumplimiento
de lo jurado.

EMP. No... ¡Fuera flaqueza!
He delinquido: padecer merezco.

FR. JUAN Sufrir es redimirse.

EMP. (Reconcentrándose.) Muchas veces
al soñar me parece que navego
por un rio de sangre. En sus orillas,
miles de fosas en la tierra abriendo,
inmensa multitud cava afanosa.
Apiñadas pirámides de muertos
cubren el ancho campo. Pardas nubes

velan la luz del tormentoso cielo
y hambrientas por doquier revolotean
negras bandas de buitres y de cuervos.
Quiero huir de aquel cuadro. En mi barquilla,
forzado del dolor, con furia remo,
pero el barco no avanza: es tan espesa
la sangre donde flota que mi esfuerzo
no la puede romper y en aquel punto
volviéndose hacia mí, con voz de trueno,
me grita la enlutada muchedumbre:
«tu obra es esta; contempla lo que has hecho.
Toda esa sangre fué por tí vertida.
¡Mira si el río es hondo y si va lleno!
¿Esos montones ves de carne humana
que ya no caben en el valle inmenso?
Perecieron por tí. Nosotros somos
los padres, las esposas y los huérfanos.
¿Por qué has querido ensangrentar al mundo?
¿De tanta destrucción cuál fué el objeto,
insensato? Dar brillo á una corona
que al cabo te ha rendido con su peso,
ó que tú te arrancaste de la frente
al ver lo cara que costó á tus pueblos.
No huyas; ver esta sangre es tu destino:
siempre la debes ver...» Y con efecto,
la maldición se cumple, porque siempre,
¡ay mísero de mí! siempre la veo.
Cesa la abrumadora pesadilla,
consigo abrir los ojos, me despierto,
y la sangre me envuelve, me rodea,
me mancha, me salpica. . y ya no es sueño,
es sangre, sí... ¡la sangre que el cilicio
arranca justo á mi achacoso cuerpo!

FR. JUAN Más grandes que las culpas de los hombres
es la piedad de Dios: pensad en ello.

EMP. ¿La tendrá para mí?

FR. JUAN Sin duda, hermano.

EMP. Yo siempre fuí cruel. Sin ir más lejos,
contemplando pensaba hace un instante
á ese hijo, cuyo amor es mi consuelo,
la crueldad con que al venir al mundo
yo lo privé del maternal afecto.
¡Pobre mujer! ¡Qué duro fuí con ella!
¡Cuántas veces me asalta su recuerdo!

Y ella me amaba .. No porque mi mano
rigiese mundos ni empuñase cetros,
sino por mí, porque en mi amor creía,
porque en mis brazos despertó su pecho
á la pasión primera... He sido ingrato:
¡tarde lo reconozco y lo comprendo!

FR. JUAN No recordéis así goces impuros.

EMP. Bien decís; del rebelde pensamiento
yo los arrancaré. Y os doy la prueba:
insisto nuevamente en mi deseo.

FR. JUAN ¿En cuál?

EMP. En celebrar mis funerales.

FR JUAN ¿Persistís?..

EMP. Me habéis dicho que mi empeño
la Iglesia no rechaza. Si en el mundo
ya más no he de vivir, si casi he muerto,
¿por qué no consentís?...

FR. JUAN Fuera, sin duda,
el que queréis lograr piadoso intento
si el propósito vuestro que lo inspira
supiésemos que es firme y duradero.

EMP. Padre, no lo dudeis.

FR. JUAN ¿Por nada humano
siente vuestra alma amor? ¿En vos murieron
todas las afecciones?

EMP. Os lo juro.

FR. JUAN ¿Hasta la que tenéis á ese mancebo?

EMP. ¡Esa no! Vivirá lo que yo viva;
pero esa es pura, es noble...

FR. JUAN No os lo niego;
pero es algo que os liga á la existencia:
por él queréis vivir; por poder verlo,
abrazarlo...

EMP. Es verdad.

FR. JUAN Ya véis, hermano,
cómo no es el propósito sincero.
Quien á todo renuncia, y penitente
pone en Dios, ¡sólo en Dios!, el pensamiento,
celebrando sus propios funerales,
sin duda que hace un acto grato al cielo;
mas no fuísteis el dueño de la tierra,
—puede la vanidad mezclarse en ello,—
que al fin fuera completa vuestra gloria
si supieran los siglos venideros

que el César Carlos quinto cambió el trono
de un ataud por el espacio estrecho.

EMP. Tal vez. Tenéis razón.

FR JUAN A vuestra idea
por ahora renunciad: os lo aconsejo.

ESCENA VI

DICHOS, HERNÁN

HERNAN (Desde la puerta.)
Perdonadme, señor.

EMP. (Sin verlo.) ¿Quién es el que osa?...

HERNAN Soy yo, para deciros que al convento
acaba de llegar un campesino
con una nueva que anunciaros quiero.

EMP. ¿Cuál es?

HERNAN Que pronto estar debe de vuelta
el señor de Quijada.

EMP. ¿Será cierto?
A fe que me complace.

HERNAN Por lo mismo
no quise que tardaseis en saberlo.
Viene con numerosa comitiva.

EMP. ¿Sabes?...

HERNAN Para anunciaros su regreso,
á ese hombre os envió que me lo ha dicho.
Le siguen muchos nobles caballeros
en doradas carrozas.

EMP. Me sorprende.
¿Quiénes serán?

FR. JUAN Con vuestra venia, os dejo.

EMP. ¿Ya os marchais, padre mío?

FR. JUAN Sí; me esperan.
El padre Sebastián se encuentra enfermo
y pide los auxilios de la gracia.

EMP. No os detengais.

HERNAN (Aparte.) (Se marcha. Es el momento.)
(Hernán entreabre la puerta por donde se fué Bárbara y habla rápidamente, mientras el Emperador acompaña á Fray Juan.)
(Alerta estad, señora; va á quedarse
solo: salid entonces.) (Cierra la puerta)

EMP. (Que oye hablar á Hernán.) ¿Eh? ¿Qué es eso?
¿Con quién hablas?
HERNAN (Turbado.) Con nadie.
EMP. Escucha: acércate.
HERNAN Imposible, señor; ahora no puedo.
EMP. ¿Cómo?
HERNAN El padre Prior me está esperando.
EMP. Dile que...
HERNAN (Sin dejar acabar la frase al Emperador y echando á correr)
Justo: se lo digo y vuelvo.
(Vase Hernán)

ESCENA VII

El EMPERADOR y BÁRBARA

EMP. (Con sorpresa)
¿Dónde va de esa suerte acelerado?
BÁRB. (Entreabriendo la puerta.)
¡Al fin! ¡Bendigo á mi piadosa estrella!
EMP. (Sorprendido al ver á Bárbara.)
¿Qué es esto? ¿Una mujer? ¿Por dónde ha (entrado?
BÁRB. (Acercándose á él)
Señor, piedad os pido.
EMP. ¿Quién sois?
BÁRB. (Con tristeza.) ¿Tal de los años es la huella
que ya no es mi rostro conocido?
EMP. (Reconociéndola, con asombro.)
¡Ah! ¡Sí, sí!... ¡Dios eterno!
¿Sois vos?
BÁRB. A vuestros pies vedme de hinojos.
EMP. Alzad. ¡Mi perdición busca el infierno!
No sois vos; no es verdad... ¡mienten mis ojos!
Sois un fantasma del delirio hechura,
que mi castigo sin piedad reclama.
BÁRB. (Con ternura.)
Desechad tal locura.
Soy quien siempre os amó; quien siempre os (ama.
EMP. ¿Y el mal que os hice?...
BÁRB. En el olvido muere.
EMP. ¿Quién puede disculpar?...
BÁRB. Vuestra corona.

EMP. Es dulce la venganza cuando hiere.
BARB. Más dulce es el amor cuando perdona.
EMP. ¿Cómo entrasteis aquí? ¿Quién ha podido!...
BÁRB. Un ángel de la mano me ha traído.
EMP. (Sin comprenderla.)
¿Un ángel?
BÁRB. Tal lo creo.
EMP. ¿Quién?
BÁRB. Vuestro paje Hernán.
EMP. (Con sorpresa.) ¿Hernán ha
(Levantando los ojos al cielo.) (sido?...
No. ¡Fuiste tú, Señor! ¡Claro lo veo!
Idos, por Dios, dejadme. Del pasado
ni rastro queda en mí. Poder, grandeza,
todo de mis recuerdos lo he borrado.
La corona arranqué de mi cabeza.
Nada soy, nada tengo:
vivo aquí de los hombres olvidado...
BÁRB. Lo sabía, señor: por eso vengo.
Mientras fuistéis feliz, yo no he turbado
vuestra felicidad ni vuestra gloria:
sin buscar otra palma
guardé dentro de mí vuestra memoria
y le dí culto en el altar del alma.
De vuestros triunfos el rumor crecía,
y cual eco glorioso
llegaba hasta mi hogar: de eso vivía.
¡Presumía que vos érais dichoso
y yo también dichosa me sentía!
«Ése para quien es el mundo estrecho
—una secreta voz me repetía,
que llegaba hasta el fondo de mi pecho—
dijo un día á tus pies: te amo, bien mío,
y con placer profundo
te rindió su albedrío:
fuiste señora del señor del mundo.»
Y escuchando ese acento,
de mi ventura celestial reclamo,
como rumor llevado por el viento,
todo en torno de mí decía: «te amo.»
De mi frondoso huerto la arboleda,
si el aire la agitaba,
«te amo» me iba diciendo con voz queda;
la fuente bullidora,

«te amo» al correr inquieta suspiraba.
«Te amo» las aves, al romper la aurora.
¡Venturosa ilusión!... Bosque, pradera,
todo la hermosa frase murmuraba:
¡la Creación entera
con inmenso clamor «te amo» gritaba!

EMP (Como vencido por el amor de Bárbara y abandonándose á él.)
De vuestra voz me rindo á la delicia.
Dulce, como un suspiro,
llega á mi corazón y lo acaricia.
Seguid.

BÁRB. Cuando vivía de esta suerte
llegó un nuevo rumor á mi retiro,
mas no de triunfo ya sino de muerte.
«El César á sus pueblos abandona;
la enfermedad destruye su existencia;
cambia por un sayal, cetro y corona...»
No quise escuchar más. Partí aquel día.
Soporté vuestra ausencia
mientras feliz la suerte os sonreía.
La dicha que os brindaba la fortuna
era vuestra, no mía;
jamás os pedí en ella parte alguna.
Mas ya no pisais flores
ni vivís entre lauros satisfecho,
y vengo á compartir vuestros dolores.
Siempre os amé, señor. Es mi derecho.

EMP. ¡Oh inefable ventura!...
Vuestra voz, como rayo luminoso,
rompe de mi dolor la noche obscura.

BÁRB. ¿Podé, pues me mirais con tal clemencia,
dirigiros un ruego?

EMP. Orden es ya. Contad con mi obediencia.
¿Qué me mandais? En complaceros tardo.

BÁRB. ¿Necesitais que os diga lo que ansío?
¿No sospechais lo que saber aguardo?

EMP. Por Dios que no lo acierto.

BÁRB. De un ser que formó parte del ser mío
no he sabido jamás.
(Con expresión de ansiedad grande.)
Vive... ¿no es cierto?

EMP. (Con amor y alegría.)
Sí; ¡vive! ¡vive!

BÁRB. (Con explosión.) ¡Gracias, Virgen pía!...
Fuí necia al preguntar. ¿Iba á haber muerto?
No era posible pues que yo vivía.

EMP. ¡Vive, señora! Dios, compadecido,
que os dé compensación quiere piadoso,
y vais á recobrar el bien perdido.

BÁRB. (Con inmenso placer.)
¿No sueño? ¿El hijo que persigo amante?

EMP. Digno es de vos, por bueno y por hermoso
y lo vais abrazar en este instante.
¡Hernán! (Llamando.)

BÁRB. (Con asombro y alegría.)
¿Es él?

EMP. (Con ternura.) Estréchense esos lazos,
mas no os venda el placer.

BÁRB. Estad seguro.
Me venderán los ojos y los brazos:
la boca no me vende, yo os lo juro.

ESCENA VIII

DICHOS y HERNAN

HERNAN (Apareciendo en la puerta, temeroso.)
Señor .. (Aparte) (Debe estar furioso.
Dios tenga de mí piedad.)

EMP. (En voz baja á Bárbara.)
Vuestra emoción moderad.

BÁRB (También bajo al Emperador)
Bien dijisteis que era hermoso.

EMP. (A Hernán.)
Acércate.

HERNAN (Aparte) (Es el momento.)

EMP. Lo que has hecho me han contado.

HERNAN (Disculpándose.)
Os diré...

EMP. ¿Te has olvidado
de la regla del Convento?
Cerrado está en su interior
el paso á toda mujer.

HERNAN La regla puede romper
si quiere el Emperador.

EMP. (Con sorpresa.)
¿Eh?
HERNAN (Con viveza.) Para vos no hay clausura:
es un derecho sabido;
no temais...
EMP. ¿Has aprendido
tú cánones, por ventura?
BÁRB. (Aparte, al Emperador.)
(No le demostreis encono.)
EMP. (Lo mismo á Bárbara.)
(Conviene fingirlo así.)
(Alto.)
Porque intercede por tí
esta dama, te perdono.
HERNAN ¿Me perdonais?... ¡Ah, señora!...
(Aparte.)
(No escapé mal.)
(Alto al Emperador.) Sois humano.
Gracias.
EMP. Vé á besar la mano
á tu noble protectora.
HERNAN Con gusto si acepta el dón
de mi gratitud.
EMP. Justo es.
HERNAN (Acercándose á Bárbara.)
Señora, dadme los pies.
BÁRB. (Sin poderse contener, cogiéndolo y abrazándolo con efusión.)
¡Venid á mi corazón!
Yo os bendigo.
EMP. (Contemplando comovido el grupo de Hernán y Bárbara, aparte.)
(¡Dicha pura!...
Gócenla con libertad.)
(El Emperador se separa de ellos, que se quedan solos á un extremo de la escena.)
HERNAN (A Bárbara.)
¿Llorais?
BÁRB. De felicidad,
y á vos debo esta ventura.
He logrado mi ambición.
HERNAN ¿No os recibió con desvío?
BÁRB. Ya lo estais viendo, hijo mío.
HERNAN ¡Si tiene buen corazón!

BÁRB. Muy grande.
HERNAN Yo lo sabía.
No era posible que os viera
y que por vos no sintiera
como todos simpatía.
EMP. (Llamándolos: ellos acuden.)
Venid más cerca de mí.
HERNAN Como querais: al momento.
EMP. Traza de estar muy contento
tiene el buen Hernán.
HERNAN ¡Oh! Sí.
Hoy soy del todo dichoso.
EMP. ¿Y quién causa ese placer?
HERNAN Ya lo podeis suponer.
Que habeis sido generoso.
EMP. No te entiendo
HERNAN Vuestra fama
de galante ha peligrado.
Hasta hoy no habeis consolado
las tristezas de esta dama.
BÁRB. (Aparte.)
(¿Qué dice?)
EMP. (Aparte también.) (Lo inspira Dios.)
HERNAN (Con tono de queja.)
Llevo ya días sufriendo,
que lo que estabais haciendo
no era, á fe, digno de vos.
Negar la merced que implora
á una mujer desgraciada,
cerrarle hasta vos la entrada,
saber que sufre y que llora
y no calmar su amargura...
BÁRB. (Interrumpiéndole.)
No sigais: no os quiero oir...
EMP. (Con cariño á Bárbara, mirando á Hernán.)
¿Y por qué no ha de seguir
si es cierto cuanto asegura?
No temas, Hernán querido:
sigue; repréndeme adusto.
HERNAN Reprenderos ya no es justo
pues estáis arrepentido.
EMP. Lo estoy. (A Bárbara.) Responded por mí.
BÁRB. Señor... (Turbada.)
EMP. ¿Os vais á callar?

HERNAN No os importe. Sin hablar
me está diciendo que sí.
Basta ver su cara hermosa
para saber lo bastante;
que estos días su semblante
era el de una dolorosa,
y hoy lo ilumina y lo llena
de la dicha el rayo puro.

BÁRB. (Con ternura.)
Es vuestra obra.

HERNAN Pues yo os juro
que mi obra esta vez es buena.

EMP. No parece de un novicio.

HERNAN Tanto lo celebraréis
que tentación me daréis
de poner precio al servicio.

BARB. Ponedlo.

EMP. Sabré pagarte.

HERNAN (Mirándolos á los dos con malicia.)
¿Es mucho un abrazo?

EMP. (Abrazándole, repetidamente.) No;
que duplico el precio.

BÁRB. (Abrazándolo después que el Emperador.)
Y yo.

HERNAN (Como quien no está contento.)
¿Pero, así?... ¿Cada uno aparte?
Buen pago entonces no es.

EMP. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

HERNAN (Con arranque.)
A la par. Que nos fundamos
en un abrazo los tres.
(Hernán abre los brazos. El Emperador y Bárbara se precipitan á ellos y los tres se confunden en un abrazo.)

EMP. ¡Hernán!

BÁRB. ¡Oh!

HERNAN (Muy satisfecho.) Ya el pago admito.
¿Tengo yo buenas ideas?

BÁRB. ¡Bendito mil veces seas!

EMP. ¡Oh! Sí... ¡Bendito! ¡Bendito!

ESCENA IX

DICHOS, EL PRIOR, FRAY JUAN, EL HERMANO LIBORIO, OTROS FRAILES

EMP. (Separándose de Bárbara y Hernán.)
Gente se acerca. Callad.
(Aparecen el Prior y los demás Bárbara queda en segundo término, sin ser vista por los frailes hasta que el diálogo lo indica.)
¿Qué me anuncia esta visita?
PRIOR Que alguien veros solicita.
EMP. La hora es extraña, en verdad.
¿Quién es?
PRIOR Numerosa grey
del señor Quijada en pos,
que dice venir á vos
con una misión del Rey.
EMP. (Sorprendido.)
¿De mi hijo?
PRIOR Lo afirma así.
EMP. Que pasen. Saber deseo...
PRIOR (Al hermano Liborio, que se va al recibir la orden.)
Id, hermano.
(Viendo con gran sorpresa á Bárbara.)
Mas ¿qué veo?
¿Hay una mujer aquí?
(Movimiento de asombro en los frailes.)
FR. JUAN ¡En clausura!
PRIOR ¡Dios clemente!
EMP. (Sin inmutarse.)
Sí, padres.
PRIOR ¿Quién la ha dejado?...
FR. JUAN ¡A la regla habéis faltado!
EMP. (Con tranquilidad.)
No; la regla lo consiente.
FR. JUAN (Escandalizado al oirlo.)
¿Qué decís?
PRIOR (Lo mismo.) ¡Jesús! ¡Qué horror!
FR. JUAN ¿Sostendréis tal impostura?...
EMP. (Con tono de autoridad.)
Tiene á romper la clausura

derecho el Emperador.
(Nuevo asombro en los frailes.)

FR. JUAN ¿Eh?

PRIOR ¿Vuestra paternidad?

EMP. (Secamente.)
Aunque ese nombre escogí,
sabed que fuera de aquí
se me llama Majestad.

PRIOR (Como vencido por el tono del Emperador.)
Señor...

HERNAN (Aparte, con gran alegría.)
(¡Arranque famoso!...
¡Por fin!...)

EMP. Aun soy soberano.

HERNAN (¡Oh, placer!)

FR. JUAN (En voz baja.) ¿Qué es ésto, hermano?

EMP. Esto es que Dios es piadoso:
que de mi noche sombría
se rompe la lobreguez
y á mirar vuelvo otra vez
la luz radiante del día.

FR. JUAN (Con asombro, en tono de reprensión.)
¿Por locura semejante
dejais la obra comenzada?

HERNAN (Desde la puerta, viéndolos llegar.)
Mirad. El señor Quijada
con su séquito brillante.

ESCENA X

DICHOS. QUIJADA, MORÓN, EL PRÍNCIPE DORIA, CORTESANOS 1.° y 2.°, OTROS CORTESANOS, FRAILES y LEGOS. La escena se llena de gente.

QUIJ. (Desde la puerta á los que le siguen.)
Pasad.

MORÓN (Aparte.) (¡Venturoso día!)

EMP. (Con sorpresa viendo y reconociendo á muchos de los Cortesanos.)
¿Qué estoy viendo? Me confundo.

CORT. 1.° Del Rey Felipe segundo
la Majestad nos envía.

EMP. (Reconociéndolo, con placer.)
¿Vos, Marqués? ¿Y estos señores?
QUIJ. (Bajo á Morón, observando al Emperador.)
¿Qué hará al fin?
MORÓN (A Quijada.) Ceder; de fijo.
EMP. ¿Decís que os manda mi hijo?
CORT. 2.º Somos sus embajadores.
(Reconociéndolo, también con alegría.)
¡Mi buen Duque!
MORÓN (A Quijada.) Otro hombre es ya.
EMP. (Cada vez más satisfecho.)
¡Cuánto amigo! ¡Por mi vida!
DORIA (Destacándose del grupo de los Cortesanos y adelantándose.)
Vuestra Majestad se olvida
del más antiguo, quizá.
EMP. (Viéndolo con extraordinaria alegría.)
¡Doria! ¿Vos? ¡Felices lazos
reanudemos!
DORIA Justo es.
Como siempre á vuestros pies.
EMP. (Levantándolo y abrazándolo con efusión.)
No; como siempre á mis brazos.
Al veros á mi memoria
vuelve la pasada edad.
DORIA Os serví con lealtad.
EMP. Y me dísteis mucha gloria.
DORIA La gloria fué siempre en pos
del César, nunca vencido.
EMP. No la hubiera conseguido
sin soldados como vos.
DORIA Señor...
EMP. (Dejándose llevar por los recuerdos.)
Si á empresas guerreras
arrojeme al mar incierto,
jamás volvieron á puerto
sin vencer vuestras galeras.
De la tierra en el recinto
yo pude, acaso, triunfar,
mas vos hicísteis al mar
esclavo de Cárlos quinto.
DORIA Aun de vos espera España
de otros triunfos el laurel.
EMP. Ya es tarde, mi Doria fiel.

DORIA Vuestra Majestad se engaña.
CORT. 1.º Ceñíos vuestra corona
nuevamente.
EMP. (Sorprendido, pero no disgustado por la idea.)
¿Hay tal idea?
CORT. 2.º Vuestro reino lo desea.
CORT. 1.º Y el Rey mismo lo ambiciona.
EMP. ¿El?
CORT. 1.º (Entregándole un papel.)
A daros este pliego
nos hizo hasta vos venir,
encargándonos de unir
á los suyos nuestro ruego.
EMP. (Leyendo, muy emocionado.)
«Padre, con esfuerzo rijo
vuestro imperio en tierra y mar.
Venidme auxilio á prestar:
salvad al trono y al hijo.»
(Quédase ensimismado. Los Cortesanos y Doria se acercan á él.)
CORT. 1.º Ved su empeño formulado.
CORT. 2.º Decidnos qué resolvéis.
DORIA ¿Los ruegos desdeñaréis
de vuestro viejo soldado?
EMP. Vuestras frases, honda mella
me causan.
MORÓN (A Quijada, con alegría.)
No está muy fuerte.
EMP. (Aparte, vacilante.)
(De Juan haría la suerte...
Sería feliz con ella...)
QUIJ. (Mirando con ansiedad.)
(Vacila.)
EMP. (Mirando á Barbara y Hernán.)
(En ellos me fundo.)
HERNAN (Bajo al Emperador.)
Ceded.
BARB. (Lo mismo.) Demostrad valor.
DORIA Vuestra respuesta, señor.
EMP. (Con arranque, mirando siempre á Hernán y Bárbara.)
Vencísteis. Volveré al mundo.
(Movimiento de alegría en todos y de disgusto en los frailes.)

BARB. ¡Oh!
HERNAN ¡Gracias!
EMP. (Con ternura.) ¿Os place, Hernán?
QUIJ. ¡Voló el águila cautiva!
MORÓN (Sin poder reprimir su satisfacción.)
¡Viva el César!
TODOS ¡Viva! ¡Viva!
FR. JUAN (Al Emperador que lo rechaza.)
Oid.
EMP. Dejadme, Fray Juan.
(A Bárbara.)
¿Estais contenta?
BARB. Por vos
y por él.
DORIA (Acercándose.)
Señor...
EMP. Buen Doria,
de nuevo en busca de gloria
marchemos juntos los dos.
DORIA Quizá la hallemos completa.
EMP. ¿Como en Túnez?
DORIA Bien ganada.
EMP. ¡Soberbia fué la jornada
del fuerte de la Goleta!
DORIA ¡Soberbia!
MORÓN Triunfo mayor
nadie logró: yo os lo digo.
EMP. ¿Te acuerdas, Morón amigo?
MORÓN ¿Cómo olvidarlo, señor?
DORIA Bien luchamos.
MORÓN A conciencia.
EMP. (A Doria.)
Vos sobre todo, á fé mía.
DORIA Y vos, señor.
MORÓN ¡Fué un gran día!
EMP. El mejor de mi existencia.
Nunca se aparta de aquí.
MORÓN Y el recuerdo os enardece,
¿no es verdad?
EMP. Sí. Me parece
que vuelvo á ser el que fuí.
(Después de una pausa.)

—

Sobre una enhiesta colina,
que el mar azul besa y moja
y el sol de Africa ilumina,
ave de presa dañina
hizo el nido Barbarroja.

—

Causó el pirata inhumano
á mis pueblos daños mil
y yo acudí, lanza en mano,
á dar caza en su cubil
al feroz tigre africano.

—

Altas, airosas, ligeras;
al viento la blanca lona
guarnecida de banderas,
salieron de Barcelona
mis cuatrocientas galeras.

—

¡Aun parece que las miro!
Nunca hinchó la brisa grata
tantas velas en su giro:
era aquello un mar de plata
sobre otro mar de zafiro.

—

Al fin, con gran alegría
de la hueste á mí sujeta,
la brumosa lejanía
nos dejó ver cierto día
el fuerte de la Goleta.

—

Surgiendo del horizonte
parecía, por lo alto
decir: «no habrá quien me afronte,
que aun las águilas del monte
dudan en darme el asalto.»

—

Y en tanto pensaba yo,
mirándolo con afán:

«el orgullo te cegó:
las del monte dudarán,
pero mis ánguilas, no.»

—

Sedientos de fama y gloria,
pronto empezamos la guerra
que coronó la victoria,
por el mar, Bazán con Doria,
y yo con Alba por tierra.

—

Móndejar iba á mi lado,
y en revuelto pelotón
cuantos mi reino han honrado:
Leiva, mi viejo soldado,
y el invencible Alarcón.

—

Garcilaso, en la jornada,
probó, luchando con ira,
que puede verse hermanada
la dulzura de la lira
con la fuerza de la espada.

—

Eran tercos los infieles.
Más de una vez fueron rotas
mis filas por sus corceles,
y el hierro de nuestras cotas
desgarró sus alquiceles;

—

Pero ni el tesón cedía
de aquella morisma inquieta,
ni, aunque el cañón lo batía,
brecha en el muro se abría
de la endiablada Goleta.

—

Al sitio en que yo me hallaba,
por un avance imprudente,

tanto el cañón azotaba,
que iba mermando mi gente
y acabarse amenazaba.

—

Cuando perdido me ví
grité, con rabioso anhelo:
«¡mis leones de España, aquí!»
El grito me inspiró el cielo,
que á él la victoria debí.

—

Tromba humana, ola viviente
que avanza para estallar,
acudió á mi voz la gente
y el arrollador torrente
lo barrió todo al pasar.

—

No eran hombres, eran fieras
á cuyo empuje no hay valla...
En este punto, certeras,
consiguieron las galeras
abrir brecha en la muralla.

—

Por ella, mi hueste fiel,
abalanzose al castillo...
No era grande el paso aquél,
mas la prisa del tropel
ensanchó pronto el portillo;

—

Y al mirar la ola bravía
entrar desbordada y llena,
sintió ceder su energía
y huyó la turba agarena...
¡La fortaleza era mía!

—

De la batalla el rumor
cesó en el fuerte maldito,

y sonoro y vencedor
vibró en los aires el grito
de «¡Viva el Emperador!»

—

Nuestros odiados rivales
corrían con desconcierto
por los rojos arenales,
como asustados chacales
que se vuelven al desierto;

—

Pero antes el bando impuro
de los hijos del Profeta,
que debió ver conjeturo
mi cruz clavada en el muro
del fuerte de la Goleta.

—

DORIA Tres corceles os costó
el rudo encuentro inhumano.
EMP. Y una bomba de la mano
la espada me arrebató.
QUIJ. Los tunecinos infieles
de vos no se olvidarán.
DORIA Ahora reverdecerán.
esos antiguos laureles.
EMP. (Cada vez más enardecido)
Sí; vamos sin dilación.
MORÓN ¿Queréis partir?...
EMP. Al momento.
FR. JUAN (Acercándose al Emperador, en voz baja, con tono solemne)
Olvidais un juramento:
corréis á la perdición.
EMP. (Impresionado, á su pesar.)
¿Qué dice?
FR. JUAN (Como antes) Dios bien sabéis
que el perjurio no perdona.
Vais en pos de una corona:
¡pensad en la que perdéis!
EMP. (Tembloroso y como asustado)
Padre...

FR. JUAN (Con sarcasmo.)
Os queda poca vida.
Id; daos prisa; disfrutad...

DORIA (Acercándose al Emperador.)
¿Quiere Vuestra Majestad
que disponga la partida?

EMP. (Turbado y vacilante.)
Doria...

FR. JUAN (Al oído.) Vuestra obra se trunca.

EMP. (Volviéndose á él, con angustia.)
Sostenedme en esta lid;
sí, Fray Juan.

MORÓN Señor, decid,
¿cuándo partiremos?

EMP. (De pronto, recobrando su energía, con solemnidad y tristeza.)
¡Nunca!
(Movimiento general; esta vez de alegría en los Frailes y de sorpresa y disgusto en todos los demás.)
Mi cetro está en sangre tinto.

QUIJ. ¿Qué hacer que os mueva, señor?

EMP. (Con solemnidad.)
¡Rezar por el pecador
que se llamó Carlos quinto! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que el anterior.

ESCENA PRIMERA

El PRIOR, el HERMANO LIBORIO, dos legos. Los legos traen un féretro, sobre unas parihuelas

PRIOR (A los legos que le siguen.)
Ponedlo aquí. Ya vendréis
á recogerlo más tarde.
(Dejan el ataud enmedio de la escena.)
Yo os llamaré.

LIB. Nos iremos,
mientras llamarnos os place,
a ayudar á Fray Antonio
que estaba con otros Padres
poniendo las colgaduras
y encendiendo los altares.

PRIOR Bien. Id.

LIB. Como un ascua de oro,
cuando de adornarla acaben,
va á estar la iglesia.

PRIOR Es costumbre
que los templos se engalen
para los actos solemnes,
y jamás otro más grande
que el de hoy se verá.

LIB. Sin duda.

¡Celebrar sus funerales
un hombre en vida! Es tremendo.
A mí me tiemblan las carnes
cuando contemplo esa caja,
y pienso que va á acostarse
en ella y que...

PRIOR (Interrumpiéndole.) Basta, hermano:
ya habeis hablado bastante.
Id.

LIB. Guardeos Dios, padre mío.

PRIOR El también os acompañe.
(Vanse el hermano Liborio y los legos.)

ESCENA II

EI PRIOR, MORÓN y QUIJADA

PRIOR Mucho tarda. Está encerrado
con Fray Juan dos horas hace.

MORÓN (Entrando.)
¿Su Majestad no ha salido
aún?

PRIOR No. Podeis esperarle.

QUIJ. Eso haremos. A llamarnos
ha mandado hace un instante.

PRIOR Pues si hablaros necesita
justo es que á solas os halle.

MORÓN Ignoramos el objeto.

PRIOR Con Dios quedad.

QUIJ. El os guarde.
(Vase el Prior.)

ESCENA III

MORÓN y QUIJADA

QUIJ. (A Morón, señalando al ataud.)
¡Ah! Mirad, Morón.

MORÓN ¿Qué es eso?

QUIJ. ¿No veis? La prueba palpable
ó de una inmensa locura
ó de una virtud gigante.

MORÓN ¿Un féretro?
QUIJ. Donde debe
pronto el César encerrarse
á presenciar sus exéquias
como viviente cadáver.
MORÓN ¿Persiste siempre en su empeño?
QUIJ. No lo abandona por nadie.
El templo está preparado
y el estaba confesándose
también. Ya todo es inútil.
No podemos arrancarle
de aquí.
MORÓN Mi última esperanza
quedó deshecha ayer tarde.
Cuando después de aquel brío
con que de Doria al ataque
despertó el César de siempre,
bien que por breves instantes,
le ví vacilar turbado
y arrepentirse cobarde,
como si fuera un delito
querer salir de esta cárcel,
me dije: «con razón quiere
celebrar sus funerales,
porque Carlos quinto ha muerto
y es justo que lo amortajen.»
QUIJ. Quizá yo tenga la culpa.
MORÓN ¿Vos?
QUIJ. Sí, que luego al hablarle
á solas, aun tuve un medio
de hacer que perseverase
en salir de este retiro.
MORÓN ¿Un medio? ¿Cuál?
QUIJ. Ocultarle
la verdad. Con no decirle
cierto secreto mensaje
que el Rey me dió, de seguro
que de esta celda se sale
y va en su busca. Solo eso
tuviera fuerza bastante
para lograr...
MORÓN ¿Qué embajada
os dió el Rey para su padre?
QUIJ. La respuesta á lo que ha sido

la causa de mi viaje.
Decirle que por colmados
dé sus más vivos afanes;
los únicos que ya siente...

MORÓN ¿Don Juan, sin duda?...

QUIJ. Y su madre.
Los dos son la pesadilla
del Emperador. Decaen
sus fuerzas y al verse enfermo
teme morir sin dejarles
la fortuna asegurada.
Recelos son naturales.

MORÓN ¿Para eso os mandó á su hijo?

QUIJ. Y el me ordenó contestarle
que esa mujer los respetos
tendrá siempre en todas partes
que merece quien del César
consiguió los homenajes.
En España, en Rastibona,
donde quiera que le agrade
vivir, del rey los cuidados
la seguirán vigilantes.

MORÓN ¿Y de don Juan nada os dijo?

QUIJ. Oid: recuerdo sus frases:
«Ese mancebo es mi hermano,
y pues que tiene mi sangre
yo haré que mi reino entero
honre en él á mi linaje.
Muera mi padre tranquilo,
si llega el amargo trance
de su muerte, y á ese mozo
á mi lado al punto mande.
Quien se llama Juan de Austria
debe junto á mí formarse
para que sea algún día
digno de un nombre tan grande.»

MORÓN ¿Al Emperador dijísteis
sus palabras?

QUIJ. Sin quitarles
un punto.

MORÓN ¿Y él al oirlas?...

QUIJ. Cayó de hinojos delante
de un crucifijo diciendo:
«Señor, de mí te apiadaste.

Pues ellos dos tendrán siempre
quien los proteja y los guarde,
te juro acabar mis días
en penitencia constante.»

MORÓN Y los acaba. Estad cierto.
Fuerza será resignarse
á morir lejos del mundo,
en un claustro, como un fraile.
Yo pensé acabar mi vida
con más gloria en un combate.

QUIJ. Podéis hacerlo. Cien guerras
sostienen los estandartes
del rey Felipe segundo:
id vuestro auxilio á prestarles.

MORÓN ¿Dejar al César? ¡No! ¡Nunca!
Le he seguido á todas partes
cuando era feliz. ¿Podría
hoy, que sufre, abandonarle?
Soy capaz de hacerme monje
si yo sé que eso le place.
El perro fiel,—¿quién lo ignora?—
no deja al amo por nadie,
ni aun muerto; que si se muere
va detrás de su cadáver
hasta que sobre la caja
piadosa la tierra cae.

QUIJ. Eso haré yo.

MORÓN Y yo lo mismo.
Por fieles somos iguales.

ESCENA IV

DICHOS, el EMPERADOR y FRAY JUAN

EMP. (Desde la puerta á Fray Juan, viendo á Morón y Quijada.)
Ya han venido. Estad seguro
que es cuestión de unos instantes.

QUIJ. Señor... (Acercándose á él.)

EMP. Espera, Quijada.

FR. JUAN (Al Emperador.)
¿No vacilará cobarde
la voluntad?

EMP. Lo he jurado:
no he de arrepentirme, padre.
Ellos... y Juan, solamente.
FR. JUAN ¿El también?
EMP. Cuando le hable
por vez postrera y de nuevo
contra mi pecho lo abrace,
venga la muerte en buen hora...
(Con tristeza.)
La muerte, sí: que dejarle
es morir.
FR. JUAN Daos prisa, hermano.
Los sacrificios se hacen
mejor de pronto.
EMP. Vos mismo
podéis venir á buscarme
cuando esté todo dispuesto.
FR. JUAN ¿Contais con fuerzas bastantes?
EMP. Sí.
FR. JUAN Pues vuelvo.
EMP. Dios os guíe.
FR. JUAN El con vos quede y os guarde.
(Vase Fray Juan.)

ESCENA V

EL EMPERADOR, MORÓN y QUIJADA

MORÓN ¿Nos mandásteis á buscar?
EMP. Sí, amigos míos.
QUIJ. Señor,
¿qué queréis?
EMP. Un gran favor
que me tenéis que prestar.
MORÓN ¿Un favor?
QUIJ. Orden sagrada
será que cumpla obediente:
vos sois...
EMP. (Interrumpiéndole.)
Yo soy solamente
un moribundo, Quijada.
QUIJ. ¿Eh?
MORÓN No es posible.
EMP. Callad

y escuchadme sin reparos:
os llamo para encargaros
de mi última voluntad.

MORÓN ¿Pensais, acaso, en morir?

QUIJ. Aun tenéis vigor bastante,
señor.

EMP. Dentro de un instante
voy á dejar de existir.
Tal vez mi cuerpo cansado
deshecho en polvo no mire,
pero aunque aliente y suspire
de vivir habré dejado;
porque no vive en verdad
quien, sin goces ni alegrías,
espera el fin de sus días
en terrible soledad.

MORÓN No os entiendo.

EMP. A cuanto amé
renuncio.

QUIJ. ¿Tanta virtud?...

EMP. Al salir de ese ataud,
donde en breve me veré,
no he de volver á sentir
del amor la dulce herida.
Por eso acaba mi vida.
Dejar de amar, ¿no es morir?

QUIJ. ¿Pensais?...

EMP. Tú, Quijada amigo
—mi afecto te lo reclama—
vé á ver al punto á esa dama...
ya sabes á quién te digo.

QUIJ. Sí, señor.

EMP. De parte mía
que se aleje, le dirás;
que no intente verme más,
pues vano intento sería.
Bese al hijo á quien dió el ser
y este retiro abandone.
Pídele que me perdone
cuanto la hice padecer.

QUIJ. Lo haré al punto.

EMP. Tú, Morón:
que me obedezcas te exijo...

MORÓN Mandadme.

EMP. Quiero que á mi hijo
traigas á esta habitación,
y aunque sufra en trance tal
—sufrirá, sin duda alguna,—
le hagas desde esa tribuna
presenciar mi funeral.
Cuando del canto el rumor
cese, le habrás de decir:
«El que acaba de morir
es vuestro padre, señor.
Nunca más lo habéis de ver,
que está su tumba cerrada,
mas su afecto y su mirada
os seguirán por doquier.»
Llévale mi bendición,
parta al punto con su hermano
y pon con tu misma mano
en su pecho mi toisón.
(Se lo quita y se lo da á Morón, después de besarlo.)
Téngalo toda su vida,
que, pues con mi amor lo sello,
debe ser sobre su cuello
mi abrazo de despedida.

QUIJ. ¿A los mas santos placeres
renunciais?

MORÓN Eso es impío.

EMP. (Sin escucharlos.)
Dile que el ser hijo mío
le impone grandes deberes
y quizá profundas penas;
mas que no siento temor
por eso: sé que hará honor
á la sangre de sus venas.
Aunque el puesto y el poder
logre que su nombre pide,
dile que nunca se olvide
de la que le ha dado el ser.
Que se sepa su ternura
no le permite su estrella,
pero es su madre, y en ella,
fuente hallará de ventura.
Sin amor ningún mortal
logró nunca ser dichoso,
y ninguno es tan hermoso

como el amor maternal.
Da el cetro triunfos y honores,
la ambición ansia que altera;
felicidad verdadera
sólo la dan los amores.
No se estiman al gozarlos,
¿mas quién vive sin tenerlos?
¡Triste es que haya que perderlos
para poder apreciarlos!

QUIJ. (Conmovido, queriendo disuadirle.)
Oiga vuestra Majestad...

EMP. Deja tal nombre desde hoy.
Mi postrer adiós os doy.
Idos

MORÓN (Con asombro.)
¿Cómo?

EMP. Adiós quedad.

MORÓN ¿Que os hemos de obedecer
pensásteis?

QUIJ. ¿Que abandonado
os dejemos?..

EMP. Os he amado:
por eso os debo perder.

QUIJ. Señor, renunciad á extremos
que no podéis realizar.

MORÓN Aunque nos mandéis echar
de aquí no nos moveremos

QUIJ. Calumniáis la adhesión mía
pidiéndome tal locura.

MORÓN Quién os siguió en la ventura,
¿morir solo os dejaría?

QUIJ. A dos servidores fieles
hicísteis muy poco honor.

MORÓN A los pies de su señor
deben morir los lebreles.

EMP. (Muy conmovido por la adhesión de ambos, abriéndoles los brazos.)
Gracias. Los brazos me dad.

MORÓN ¿Yo?

QUIJ. Señor...

EMP. No vaciléis.
que los dos lo merecéis.
(Se abrazan.)
Cumplid vuestra voluntad.

No os causaré más enojos
con mi aparente desvío.
Quedaos al lado mío.
¡Tendré quien cierre mis ojos!

QUIJ. (Tratando de animarle.)
Alentad.

MORÓN (Lo mismo) Salvaros quiero:
poned á las penas tasa.

EMP. Id pronto, que el tiempo pasa:
decid á Hernán que le espero.

QUIJ. ¿Querés?...

EMP. Por breves instantes
verle; poderle abrazar...
Nada le hagáis sospechar
de cuanto os he dicho antes,
Eso... luego.

QUIJ. El trance es fuerte.

MORÓN Tiemblo cual si un niño fuera.

EMP. Valor. No es la vez primera
que vemos cerca á la muerte.
(Vanse Morón y Quijada.)

ESCENA VI

EL EMPERADOR

Corazón, la hora es llegada
de la suprema partida.
Prepárate. Con la vida
quedó tu deuda saldada.
Ahora, á Dios cuenta sagrada
le debes de tu existencia...
Ajustémosla, conciencia:
habla, pues voy á morir...
¿Qué me tienes que decir
de ese féretro en presencia?

—

Realicé mi ardiente sueño;
fuí grande, subí, triunfé,
me aclamaron, dominé,
vime de los hombres dueño.
Y al fin, de tan rudo empeño,

¿qué saco como ventaja?
Ver, al morir, cuanto baja
la ambición que me dió guerra.
Antes no cupo en la tierra
y ahora cabe en esa caja.

—

No hay quien reinando se ablande.
La grandeza al hombre engríe,
y mientras tanto se ríe
lo pequeño de lo grande.
Quien más pueda, quien más mande,
quien tenga al mundo en sus manos,
reyes, guerreros, tiranos,
por encumbrarse y triunfar,
¿dejan de venir á dar
en festín de los gusanos?

—

Implacables vengadores
que manda Dios ofendido,
de mí, que siempre he vencido,
ellos son los vencedores.
Ante tales sitiadores
no hay soldados ni muralla.
Triste es que quien no halló valla
en cien guerras, temerario,
contra tan vil adversario
pierda su postrer batalla!

—

La libertad destruí;
hollé de España los fueros;
diéronme mundos enteros
y no los agradecí;
ingrato y pérfido fuí
con quien salvó mis estados...
¡Fantasmas siempre evocados
en mi eterna pesadilla;
Cortés, Cisneros, Padilla...
descansad; ya estáis vengados!

—

Vengados, sí; que mi error

tarde comprendo, y me aterra.
Para ser grande en la tierra
no basta ser vencedor.
Por la piedad y el amor
lo fueron cuantos lo han sido,
que el laurel apetecido
no se conquista oprimiendo;
se consigue defendiendo
y amparando al oprimido.

—

Mi obra fué la destrucción:
destruida es justo que sea,
que Dios al gusano crea
para vencer al león.
Esa es la dura lección
del opresor inhumano,
mas juntamente su mano,
siempre á los buenos propicia,
crea el bien y la justicia
para vencer al gusano.

ESCENA VII

EL EMPERADOR, HERNAN

EMP. Alguien se acerca.
HERNAN (Apareciendo.) Señor,
¿me llamásteis?
EMP. Sí, Hernán, sí:
te esperaba: ven aquí.
HERNAN ¿Qué manda el Emperador?
EMP. Siéntate, mi dulce amigo.
HERNAN Si es vuestro gusto, volando.
EMP. Ven más cerca. Estoy hablando
por última vez contigo.
HERNAN (Sorprendido por la frase.)
¿Por última vez?
EMP. (Aparte, con disgusto, por lo que dijo.)
(¡Fatal
torpeza!...)
HERNAN Saber quisiera...
EMP. (Tratando de enmendarlo.)

Digo por la vez postrera...
antes de mi funeral.

HERNAN ¡Ah!

EMP. Pues se acaba mi vida,
bien que de un modo aparente,
que nos demos es prudente
nuestra cordial despedida.

HERNAN ¿Despedirme yo de vos?
¿Por qué, señor, si no os dejo?

EMP. ¡Quién sabe, Hernán! Ya soy viejo.
Digámonos ahora adiós:
luego...

HERNAN Siempre de este modo
estar junto á vos reclamo.

EMP. ¿Me amas mucho?

HERNAN ¿Que si os amo?
¿No lo sabéis? ¡Más que á todo!

EMP. (Muy conmovido, abrazándolo.)
Gracias. Esa afirmación,
que acaso te inspira el cielo,
tu no sabes el consuelo
que lleva á mi corazón.
Estoy subiendo, hijo mío,
de una cuesta la pendiente
y un sol de fuego inclemente
mi fuerza agota y mi brío.
Rendido por el calor
busco en vano, sin aliento,
una ráfaga de viento
que me devuelva el vigor.
En la jornada penosa
que abrasándome emprendí,
tus frases son para mí
esa ráfaga piadosa.
Sigue que, aunque el sol me tuesta
y el pie vacilante pisa,
mientras mas sople la brisa
mejor subiré la cuesta.

HERNAN ¿Podeis dudar de mi amor?

EMP. No, Hernán; de dudar no trato.

HERNAN Bien sabeis que fuera ingrato
si no os amase, señor.
Pago del vuestro profundo
es tan sólo mi cariño:

vos amais al pobre niño
huérfano y sólo en el mundo
y él corre de vos detrás
cumpliendo santos deberes.

EMP. (Con pena.)
¿De modo que tú me quieres
por gratitud nada más?

HERNAN (Con fuego.)
¡Oh, no! Por vos, ante todo;
porque siempre grande os ví.
Si no me amáseis á mí
yo os amara de igual modo.

EMP. (Con mucha alegría.)
¿De veras?

HERNAN No vive amor
de la gratitud pendiente:
nace y brota de un ardiente
secreto impulso interior.
El germen de los amores
dentro del alma se encierra,
como dormido en la tierra
está el germen de las flores.
La pasión que ha de estallar
de nadie se deja ver
hasta que hallamos al ser
que la manda despertar,
como nadie, soterrado,
ve al lirio hermoso y gentil
hasta que le manda Abril
ser alfombra del collado.

EMP. ¿Yo hice que tu amor naciera?

HERNAN ¡Oh! Sí.

EMP. (Con placer.) De decirlo acaba.
Sigue, sigue.

HERNAN Yo os amaba
antes de que os conociera.

EMP. ¿Tú?

HERNAN ¿No recordais, señor,
lo que os conté el otro día
que cuando niño quería
ser siempre el Emperador?

EMP. ¿Era copiarme tu empeño?

HERNAN Y es el mayor que en mí cabe.

EMP. Pues persevera. ¡Quién sabe

si podrás lograr tu sueño!
Imítame en el valor,
en la constancia, en el brío
de mis culpas, hijo mío,
aléjate con horror.
Ni al débil mires adusto,
ni el rencor en tu alma mande;
que es muy hermoso ser grande
pero vale más ser justo.
Junto á un trono, de luz lleno,
vivirás, si yo te falto:
piensa que el estar tan alto
te obliga más á ser bueno.
No evita su pena dura
quien sobre todos descuella,
que Dios manda á la centella
descargar siempre en la altura.
Ser grande y no ser impío
timbre es que á pocos abona,
¿porque á quien de la corona
no deslumbró el poderío?
Sólo en una frente fiel
brilló siempre inmaculada:
en la de mi antepasada
la Católica Isabel.
Aun nuestro reino la llora
y mira en ella sin sol,
que para el pueblo español
fué madre más que señora.
A ella, no á mí, siempre imita
y tus obras serán buenas...
¡Quién sabe si por tus venas
corre su sangre bendita!
Ten presente mi lección
y vé al mundo que te espera.
En pos de tí por doquiera
siempre irá mi bendición.

HERNAN (Que lo ha oído con atención profunda.)
Señor, ya que vuestro acento
me habla con tanta ternura
y á mí el instinto me augura
que es solemne este momento,
contestaros debo así:
vuestra piadosa advertencia

la norma de la existencia
será siempre para mí.
Niño soy, más no os asombre
si lo afirmo convencido;
después de haberos oído
desde hoy comienzo á ser hombre.
Cuanto vos me habeis mandado
cumpliré sin pesadumbre:
tal vez no llegue á la cumbre
que os habeis imaginado,
más no será porque yo
sienta temor ó fatiga,
pues sólo con que me diga:
«El César me lo ordenó,»
si morir preciso fuera
moriré con regocijo:
«el Emperador lo dijo:»
esa será mi bandera.
Yo os lo juro por mi honor;
por mi gloria, si os agrada:
por lo que amo más que á nada;
¡por vuestra vida, señor!

EMP. (Abrazándolo con ternura.)
Bien, Hernán.

HERNAN Yo no merezco
premio tal.

EMP. En tí confío.
(Aparte.)
(¡Oh, gracias, gracias, Dios mío!
Ahora ya... ¡te pertenezco!)

ESCENA VIII

DICHOS, FRAY JUAN, DOS LEGOS

FR. JUAN Hermano...

EMP Padre ¿sois vos?

FR. JUAN (Aparte al Emperador.)
(La hora es. Quien sois demostrad.)

EMP. Vamos.
(A los legos que cogen la caja y se la llevan.)
La caja llevad.
Id delante. Hernán, adiós.

FR. JUAN (Daos prisa. Abreviad el plazo)
EMP. (No temais. A vos me entrego.)
(Alto, á Hernán, muy conmovido.)
Mi buen Hernán; te lo ruego:
acuérdate de este abrazo.
HERNAN ¿Estais conmovido?
EMP. (Tratando de dominarse.) Sí;
el momento... No te extrañe.
HERNAN Permitid que os acompañe.
EMP. No, Hernán, no: tú espera aquí.
HERNAN ¿Quereis?...
EMP. Morón te ha de hablar
de algo en que va tu fortuna.
Puedes desde esa tribuna
la ceremonia mirar.
Aguarda.
HERNAN Del llanto el brillo
anubla vuestra mirada.
EMP. (Aparte, sin conseguir serenarse.)
(¡Torpe flaqueza!) (Alto.) No es nada.
(Abrazándolo de nuevo.)
Adiós, Hernán... ¡mi leoncillo!...
HERNAN Señor, mitigad el duelo.
EMP. (Con un último esfuerzo.)
Sí; ya pasó; ya soy fuerte.
(Volviéndose á Fray Juan, con amargura.)
¡Padre, vamos á la muerte!
FR. JUAN (Dándole el brazo con dulzura.)
No, hermano, vamos al cielo.
(Vanse Fray Juan y el Emperador.)

ESCENA IX

HERNAN; después MORÓN

HERNAN (Preocupado.)
Jamás me ha hablado el César de tal modo.
La emoción por el acto de este día
embarga su ser todo.
Mira á sus pies el ataud abierto.
Pero, no; que algo más tener debía...
¿Qué pasa aquí que á descubrir no acierto?

Si hoy mismo hemos de vernos nuevamente
cuando me dijo adiós, ¿por qué lloraba?
Algo terrible el corazón presiente
que de saber no acaba.

MORÓN (Apareciendo en la puerta, aparte.)
(Solo está. Ya lo tengo.)

HERNAN (Viéndolo y yendo hacia él.)
¡Ah! ¿Sois vos, buen Morón? Os esperaba.

MORÓN Yo soy, señor, y en vuestra busca vengo.

HERNAN ¿Me buscábais?

MORÓN Por orden terminante
del César me tenéis á vuestro lado.

HERNAN Lo he sabido por él hace un instante.
Que me dijéseis algo os ha encargado.

MORÓN Justamente, señor; ese es mi objeto.

HERNAN (Muy sorprendido.)
Por dos veces «señor» me habéis llamado.
¿Desde cuándo me hablais con tal respeto?

MORÓN Pronto os daré la clave
que os descubra el secreto.

HERNAN Decidlo al punto y mi sorpresa acabe.

MORÓN Esperad todavía.
La orden debo cumplir cual me fué dada.
(Abre la tribuna y el templo se ve.)

HERNAN ¿Qué hacéis?

MORÓN Dejaros ver la nave fría
de esa iglesia sagrada.
Desde aquí los designios imperiales
del César, que os trasmite la voz mía,
mandan que presenciéis sus funerales.

HERNAN Yo sus deseos cumpliré de hinojos,
pero decidme ya... Mostrad clemencia.

MORÓN (Señalando la iglesia.)
Hasta que allí le miren vuestros ojos
nada os puedo decir: tened paciencia.

HERNAN (Oyendo el rumor lejano de los cantos sagrados, que comienzan.)
¡Ah! Ved vuestros anhelos realizados.
Ya estamos de su féretro en presencia.
Se oyen sonar los cánticos sagrados.
(Desde este momento hasta el final no dejará de oirse, más ó menos lejanos, según las conveniencias, el sonido del órgano y de las canciones funerales.)

MORÓN Cierto.

HERNAN (Asomado á la tribuna.)
Mirad la caja.
Es su cuerpo el que cubre la mortaja.
Ved; ya lo dejan del altar delante:
ya el humo del incienso sube al cielo.
MORÓN (Con decisión.)
Y ya desde este instante
puede de la verdad rasgarse el velo.
HERNAN La palabra ofrecida
que cumpliréis colijo.
MORÓN (Con solemnidad.)
Rezad, señor, por quien os dió la vida.
HERNAN (Sin acabar de comprenderlo.)
¿Eh? ¿Qué dijísteis?
MORÓN Lo que bien se infiere.
HERNAN (Con ansiedad.)
Hablad claro. Lo exijo.
MORÓN Digo, señor, que pues el padre muere
es justo que en su tumba rece el hijo.
HERNAN (Con asombro.)
¿No sueño? ¿No es demencia?
¿Al César debo el ser?
MORÓN Sí; no os asombre:
de la suya tomastéis la existencia.
HERNAN (Con explosión de alegría.)
¡Ah, gracias, Dios piadoso!
Tardaste en darme nombre,
pero al fin me lo has dado bien glorioso.
MORÓN Señor...
HERNAN Yo mi grandeza presentía.
Sed de triunfos constante
al alma atormentaba y consumía.
Sentíame llamado
á un destino gigante,
y algo gigante en mi interior bullía.
¡Sin duda era tu sangre, padre amado,
que en mis venas ardía!
Por algo el labio mío te juraba
tus consejos seguir hace un momento.
Quien era presagiaba.
¡Padre, tu hijo renueva el juramento!
Y lo renueva aquí; viéndote inerte,
—tal vez ahora más grande que antes eras—
anticipando el beso de la muerte.

3 0112 117472172

¡Canciones funerales,
que subís del Señor á las esferas
del humo entre los blancos espirales;
llevad á Dios mi juramento puro
y el rayo contra mí lance su mano
si alguna vez faltara á lo que juro!
Seré digno de tí, buen padre mío,
el nombre que me diste, soberano,
pues tú lo quieres, en honrar confío.
No juzgues mi promesa temeraria,
que en el solemne instante de tu duelo
es este juramento mi plegaria...
¡Oye tú mi oración... y óigala el cielo!

MORÓN Don Juan...

HERNAN ¿Juan es mi nombre?

MORÓN Ciertamente.

HERNAN ¡Padre, con qué alegría
lo escucharé en tus labios reverente!

MORÓN Os engaña la loca fantasía.

HERNAN ¿Qué decís?

MORÓN Que jamás á vuestro oído
la voz del que os ha dado la existencia
volverá á resonar.

HERNAN (Con gran sorpresa.) ¿No habéis mentido?

MORÓN Un voto el sacrificio le reclama.
Ha jurado morir en penitencia
y no volver á ver á cuantos ama.

HERNAN Yo no debo cumplir orden tan dura.
¡Fuera horrible demencia!

MORÓN Señor, freno poned á la amargura
que vuestro rostro baña.
Partid.

HERNAN (Con asombro.)
¿Manda que parta, por ventura?
¿Dónde?

MORÓN Donde os espera vuestro hermano.

HERNAN ¿Mi hermano?

MORÓN El rey de España,
hijo, cual vos, del César soberano.

HERNAN ¿Sin verle? No: no quiero...
Necesito besar su mano pía...

MORÓN Otra tan grata que beséis espero.

HERNAN ¿Tan grata? ¿Puede haberla?

MORÓN Sí, á fe mía.